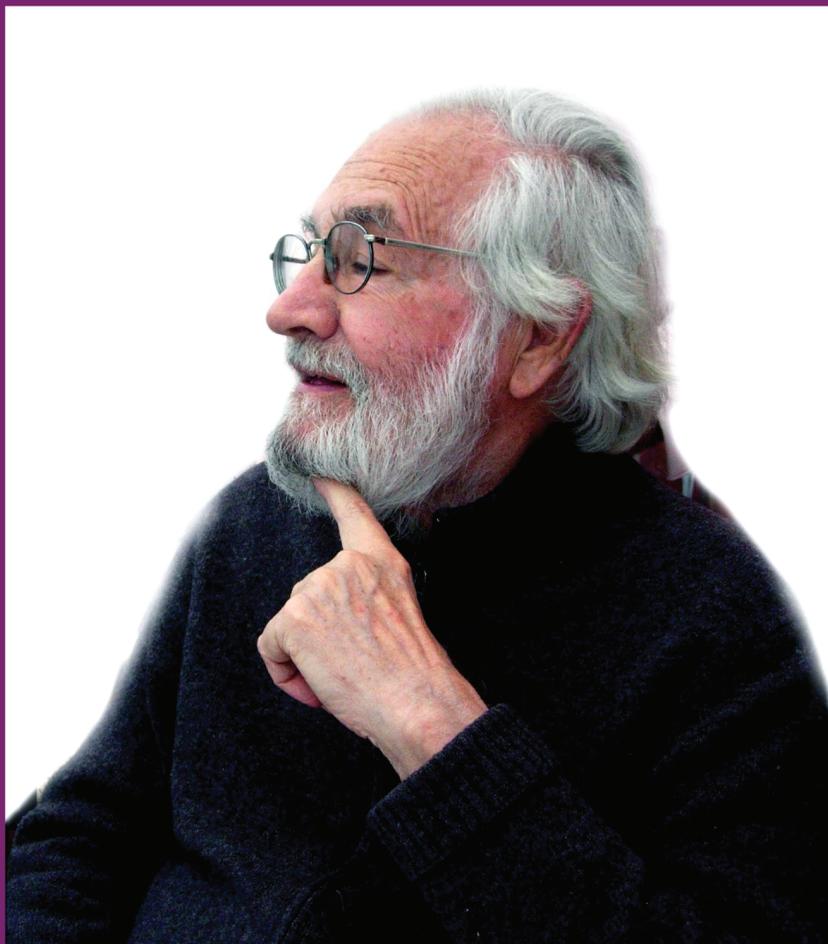


EL COLEGIO DE MÉXICO

Boletín 154 *Editorial*

NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2011



**Las meditaciones de Tomás Segovia
acerca del lenguaje y las lenguas**

Luis Fernando Lara

Provocar la investigación lingüística y educativa

Alejandra Aranda Herrera

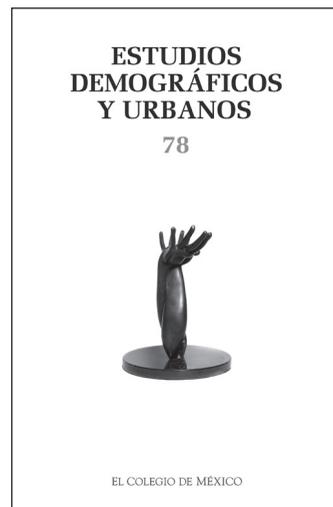
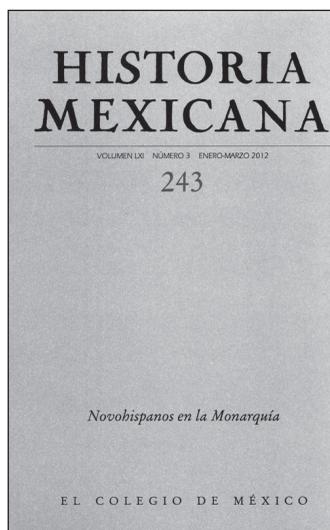
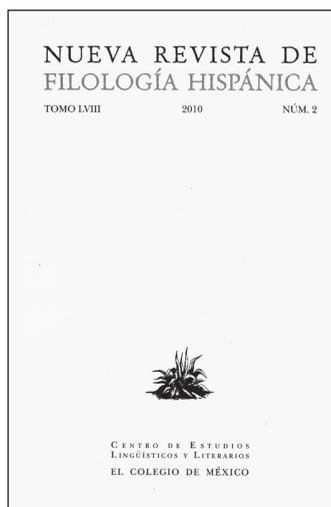
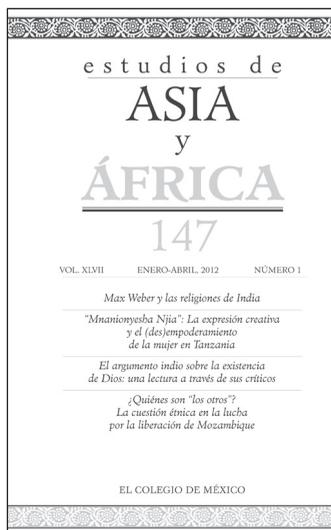
La Segunda Transición Demográfica entre nosotros

Mario Martínez Salgado

La escritura de la modernidad

Ricardo Pozas Horcasitas

PUBLICACIONES PERIÓDICICAS



EL COLEGIO DE MÉXICO
El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.

Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx



Í N D I C E

Las meditaciones
de Tomás Segovia acerca
del lenguaje y las lenguas

■ *Luis Fernando Lara* ■ 3

Provocar la investigación
lingüística y educativa

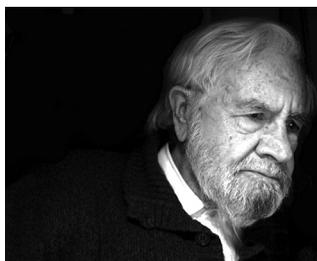
■ *Alejandra Aranda Herrera* ■ 9

La Segunda Transición
Demográfica entre nosotros

■ *Mario Martínez Salgado* ■ 13

La escritura de la modernidad

■ *Ricardo Pozas Horcasitas* ■ 17



EL COLEGIO DE MEXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F. Tel. 5449 3000, ext. 3077

Presidente JAVIER GARCÍADIEGO DANTAN ■ *Secretario general* MANUEL ORDORICA ■ *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME ■ *Secretario académico* ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* ÁLVARO BAILLET ■ *Director de publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■ *Coordinadora de producción* PAOLA MORÁN LEYVA
Editor JUAN PUIG ■ *Coordinadora de promoción y ventas* NINEL SALCEDO ROMERO

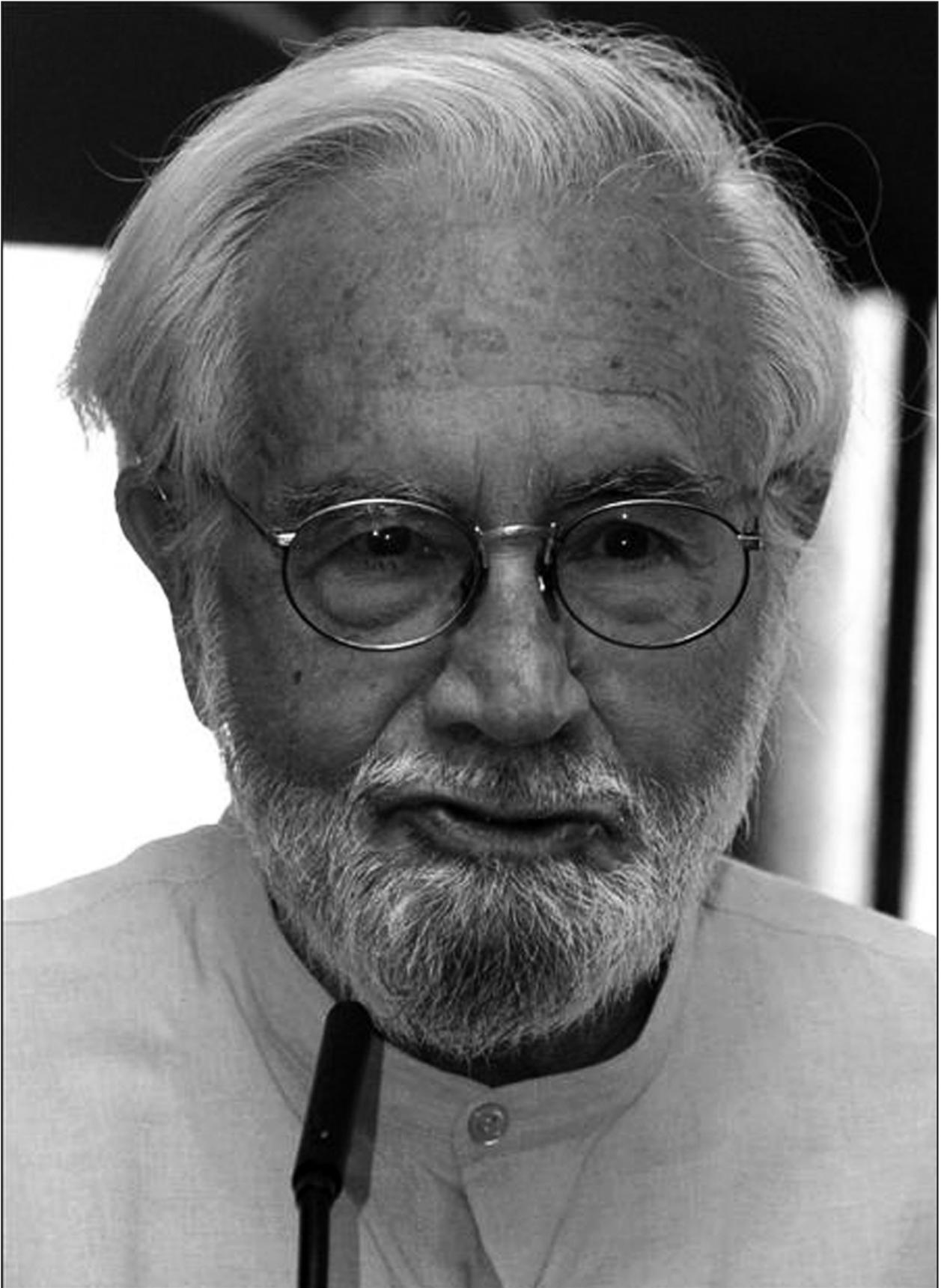
BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 154 NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2011

Impresión: Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

Formación y diseño de portada: EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO

ISSN 0186-3924

Certificado de licitud. núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04 1999-112513491900-102.



Tomás Segovia

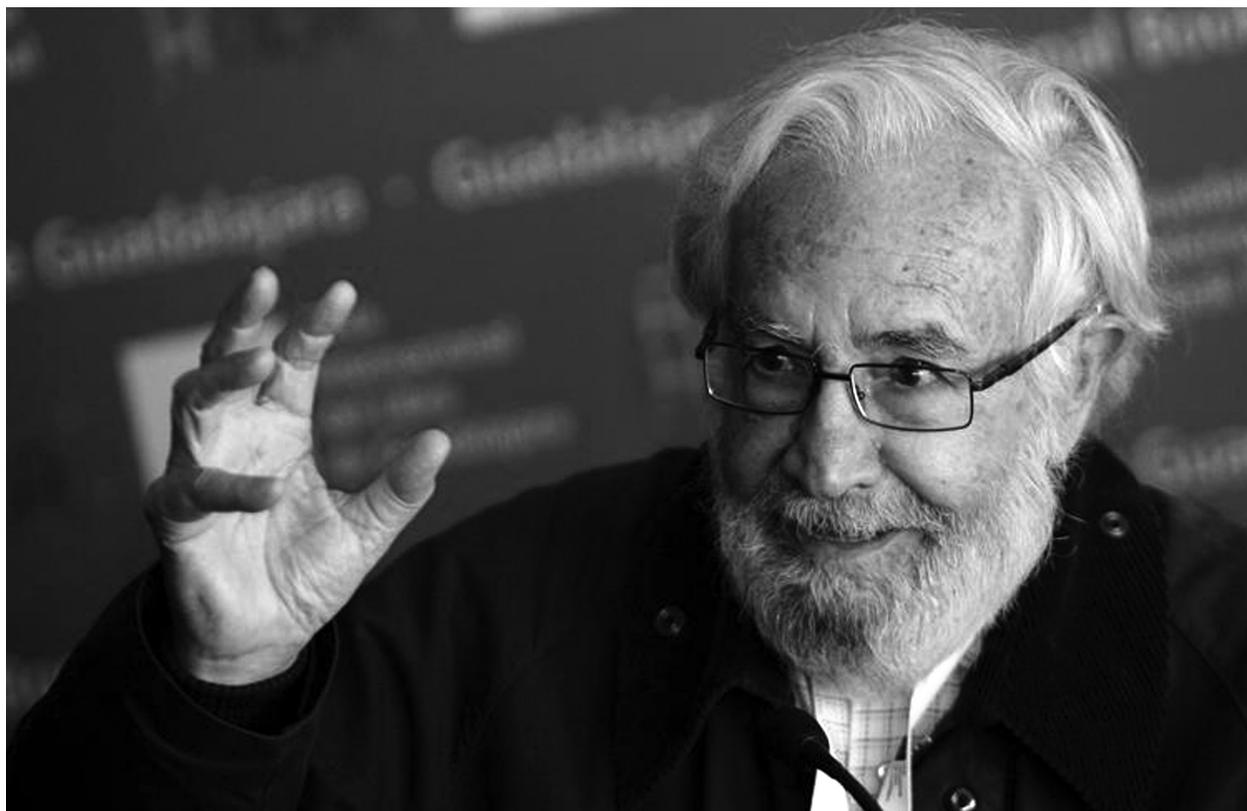
Las meditaciones de Tomás Segovia acerca del lenguaje y las lenguas

Fue quizá entre 1967 y principios del 68 cuando Antonio Alatorre organizó en El Colegio de México un seminario sobre el estructuralismo. Esa década fue la del apogeo de esta corriente lingüística y semiótica que, a partir de una metodología inicial, enseñada por el lingüista suizo Ferdinand de Saussure en los primeros años del siglo xx, devino, primero, en su propia obra, en la más importante teoría del signo; después, en una epistemología, es decir, en una concepción global del enfoque y modo de estudio de la naturaleza de los lenguajes, de las lenguas, de los fenómenos de significación, que se transmitió, vía Roman Jakobson, el filólogo ruso avecindado primero en Brno, después en Praga y finalmente en el MIT, a Claude Lévi-Strauss –la antropología– y a Jacques Lacan –el psicoanálisis. La dicotomía saussureana de método entre la sincronía y la diacronía, es decir, entre la simultaneidad de los fenómenos lingüísticos y el decurso temporal de las lenguas, al convertirse en epistemología, cavó un abismo infranqueable entre el presente de cualquier fenómeno significativo y la historia. Sendas críticas de Sartre y de Henri Lefebvre, un número de la revista francesa *Esprit* y otro de *Les temps modernes* habían nutrido la discusión en el ambiente intelectual europeo y habían despertado el interés entre nosotros. Tomás Segovia, quien a lo largo de su vida siempre estuvo al tanto de las discusiones intelectuales contemporáneas, da testimonio de ello al menos en dos ensayos: “Monsieur Lévi-Strauss y la pianola”, publicado en *Plural* y después en su colección de *Ensayos I* (UAM), y en “Reflexiones porque ha muerto

Jakobson”, en *Ensayos II* (UAM), republicado en *Miradas al lenguaje*, de El Colegio de México.

Aquel seminario, en el que participábamos con Alatorre y Segovia algunos estudiantes, como Jorge Aguilar Mora, Giorgio Perissinotto y yo, y varios otros profesores, entre ellos Klaus Heger, sembró las discusiones y los seminarios posteriores de Tomás, que llegaron hasta sus “Seminarios de su ronco pecho” entre las décadas de 1970 y 1980, y de los cuales he leído u oído recuerdos, entre varios, de Carmen Boullosa, Fabio Morábito, Aurelio Asiain, Gerardo Torres, Francisco Torres y Francisco Segovia. Uno de los frutos de esos seminarios fue su libro *Poética y profética*, un largo estudio acerca de la significación y el sentido, publicado en 1985 por El Colegio de México y el FCE.

Durante su jornada de trabajo Tomás Segovia seguramente dedicaba horas a reflexionar acerca de los muchos temas que nunca escapaban a su atención: la poesía y sus medios, el sentido del amor, el trabajo artesanal, la independencia del artista, la traducción, el lenguaje y las lenguas, la política en México y en España. Esas meditaciones, me consta, duraban semanas, meses y hasta años; cada seminario y cada encuentro con él requería participar como sus interlocutores en el desarrollo de sus meditaciones y llevaba, naturalmente, a escuchar la exposición del estado de sus reflexiones, así como invitaba a acotarlas con preguntas, propuestas y bromas. Encuentros enriquecedores como ninguno, que para mí se convirtieron en enseñanzas fundamentales para mi propia concepción del lenguaje y la lingüística, y que



se han manifestado en mi propio trabajo. Considerarse uno lingüista enfrente de Tomás, a sabiendas de su desdén, muchas veces manifiesto, por la profesionalización de la filología, generalmente envarada y encerrada en la miopía de su academismo, requería superar la lingüística académica, no negarla, y buscar su sentido en la dirección que planteaba lo que, estrictamente hablando, exigía su filosofía del lenguaje. Digo bien: filosofía del lenguaje, pues lo que nos dejó Tomás en sus ensayos es el meollo de un pensamiento profundo acerca del lenguaje: de sus condiciones, de su naturaleza y de su práctica.

El punto de partida de sus meditaciones sobre el lenguaje es único y corresponde a su experiencia de poeta y a su fidelidad a la poesía; a la “carnalidad” de la poesía, como a él le gustaba decirlo. Lo que hace del pensamiento de Tomás sobre el lenguaje una concepción rara, extraordinaria, que no se encuentra en ningún otro autor, aunque quizá el filósofo alemán Hans Georg Gadamer podría estar cerca de ella, es su idea de situarse en el pensamiento acerca del lenguaje sin dejar de ejercerlo, es decir, negarse a seguir el método que preconizan la lógi-

ca y la lingüística, según el cual hay que salirse del lenguaje que se toma como objeto para llegar a conocerlo o, en el colmo del delirio, a fundarlo. Para Tomás el lenguaje no se funda, sino que es siempre un horizonte histórico de sentido, que nos trasciende y en cuyo seno vivimos. De esa manera, huye de la teorización y del pensamiento abstracto que se basta a sí mismo; se deslinda del conocimiento positivista que caracteriza a la lingüística moderna (hoy, más que antes, y con una ceguera que incluso le impide reconocer su origen); sitúa el lenguaje y las lenguas en su realidad contingente, en sus prácticas y en sus obras; y busca permanentemente —y no sólo para el lenguaje, sino para toda la realidad histórica— su sentido.

No debería hacer falta señalar que la semilla de su pensamiento en torno al lenguaje está precisamente en aquellos estructuralistas posteriores a la Segunda Guerra Mundial: en Saussure, en Hjelmslev, en Jakobson; pero con ellos y sus lecturas de Paul Ricoeur, de Dan Sperber, de Merleau Ponty, de Henri Atlan, su pensamiento acerca del lenguaje se enriqueció y dejó una herencia a la que, hasta hoy, ni la filosofía ni la lin-

güística, ni mucho menos los estudios literarios, tan decaídos, han sabido acercarse. Nadie como él penetró y sacó las consecuencias del pensamiento saussureano sobre el significado y el símbolo.

El concepto llave de su pensamiento es la significación, es decir, los ilimitados modos en que una expresión lingüística o simbólica manifiesta una experiencia o una emoción, y organiza un sentido nuevo. Lo desarrolla varias veces, en particular, al hablar de la traducción de poesía, un campo en que, sin duda, fue uno de los grandes maestros. Tomás afirma que precisamente cuando el traductor se confronta con el espesor significativo del poema en otra lengua, es cuando percibe con mayor claridad cómo cada lengua, en su vocabulario, en su sintaxis, y también en su sonido y su ritmo tiene una forma propia de significar la experiencia poética, que no permite elaborar una traducción “equivalente” en la lengua a la que traduce. Toda noción de equivalencia en la traducción poética es absolutamente falsa e inútil. El traductor se esfuerza por, diría yo, recrear, no reconstruir, el sentido del poema mediante los elementos significativos que pone a su disposición la lengua de llegada. El poema en otra lengua se recrea y la fidelidad de la traducción corresponde a la capacidad del nuevo poema para acercarse a la emoción significativa del poema de partida. Para ello, el traductor tiene que sumergirse en su sentimiento de la lengua y en un conocimiento práctico e histórico de ambas lenguas, como lo prueban, por ejemplo, sus traducciones de Shakespeare y de Nerval; en ese conocimiento se deja ver claramente la formación filológica de Tomás, así como también en su análisis de la obra de Lope de Vega, *El villano en su rincón*, que forma la espina dorsal de su libro *Poética y profética*. La sumersión en la manera en que el poema original alcanza su sentido no es sólo cuestión de manejar las lenguas de partida y de llegada, sino de poder reconocer el estado histórico de la lengua del poema original, sus condiciones rítmicas y métricas, su vocabulario —es notable su investigación de los nombres de las mariposas en francés y en español para traducir una obra de Nerval— y los entresijos de su sintaxis; al pasar al español, hay que hacer lo mismo. Al respecto también hay que leer su traducción del *Hamlet* de Shakespeare, comenzando por su prólogo; quienes no lo hayan hecho todavía, se encontrarán con la sorpresa de un Shakespeare nuevo y plenamente inteligible en español. Lo mismo se



puede decir de su traducción, ajustada a la música, de una obra de Händel.

La significación se hace perceptible en el resquicio que se abre entre la versión original del poema y su traducción; desde ese resquicio, desde esa rendija, la significación en ambas lenguas se ilumina. Mostrar así lo que es la significación, en vez de teorizarla en abstracto, es la característica más importante de las meditaciones segovianas acerca del lenguaje. Dice: “Lo que he llamado sentido es el dominio del traductor: la tentativa de adivinar el sentimiento sin código que rodea a una configuración verbal, la tentativa de preparar un sentimiento comparable en la configuración con que traduce aquella son, más allá de las tareas mecánicas de verter de una lengua a otra, sus verdaderos acicates”, *ibid.* p. 48.

Si es la traducción la que en esos artículos le sirve para explicar su comprensión de la significación poética, es claro que lo que hay en el fondo es la reflexión sobre la poesía, sobre la poesía en general, y sobre la suya propia. A partir de allí, y como se ve en *Poética y profética*, trasciende la exposición de la significación, que es un fenómeno de la lengua, de este lenguaje, superior a todos los lenguajes, hacia una de explicación de la obra de



arte en cuanto producto ya no lingüístico, sino semiótico: “el poeta va a operar la subversión del lenguaje: en primer lugar, usando las palabras no como verdaderas palabras sino a la vez como unas especies de emblemas... el poeta con sus configuraciones verbales no sólo quiere presentar un significado, sino además representarlo”.

De esa superación significativa de la lengua a la obra literaria, puede pasar a establecer una distinción importante con la prosa que, al revés (y se referirá a lo escrito cotidiano, y no necesariamente a la prosa literaria) “aspira idealmente a presentar los significados de modo directo, mediante un lenguaje transparente que no se haga visible en su materialidad” (*ibid.*, p. 40). La prosa cotidiana –y la científica, agregaría yo–, al transparentar su lenguaje, usa los signos por su función referencial, descarta su valor en sí mismos y no se interesa, cuando es traducción, por recrear un sentido, sino por reconstruirlo en la lengua de llegada. Esa diferencia entre el lenguaje cotidiano y la prosa no literaria queda claramente explicada en el siguiente párrafo de su artículo “Artesanos de la lengua” (*Miradas...*): “Un texto

en general es algo que tiende a clausurar la radical contingencia del lenguaje confiriéndole una especie de necesidad o una clase especial de necesidad. Todo enunciado es innecesario en el sentido de que pudo no decirse y de que pudo decirse de otra manera, o sea ser otro enunciado. Pero lo que llamamos texto [yo diría, en congruencia con su idea: texto literario] es un tipo de enunciado que tiende a sacralizarse, a presentarse como algo intocable, en el triple sentido de que no pudo dejar de decirse, de que no puede dejar de estar dicho y de que no puede estar dicho de otra manera. ... el arquetipo es claramente el texto poético” (p. 94).

No he encontrado en los ensayos de Tomás una distinción clara entre significación y sentido. No quiere decir que no la haya, como en seguida trataré de mostrarlo, sino que, precisamente como él no deseaba hacer lingüística, no quería dar lugar a una terminologización, sino quedarse en lo que entendemos todos, por ser hablantes de español. Me atrevo a proponer que la diferencia está entre la significación como acto de significar, que lleva a cabo el poeta o que el traductor de poesía necesita recrear,

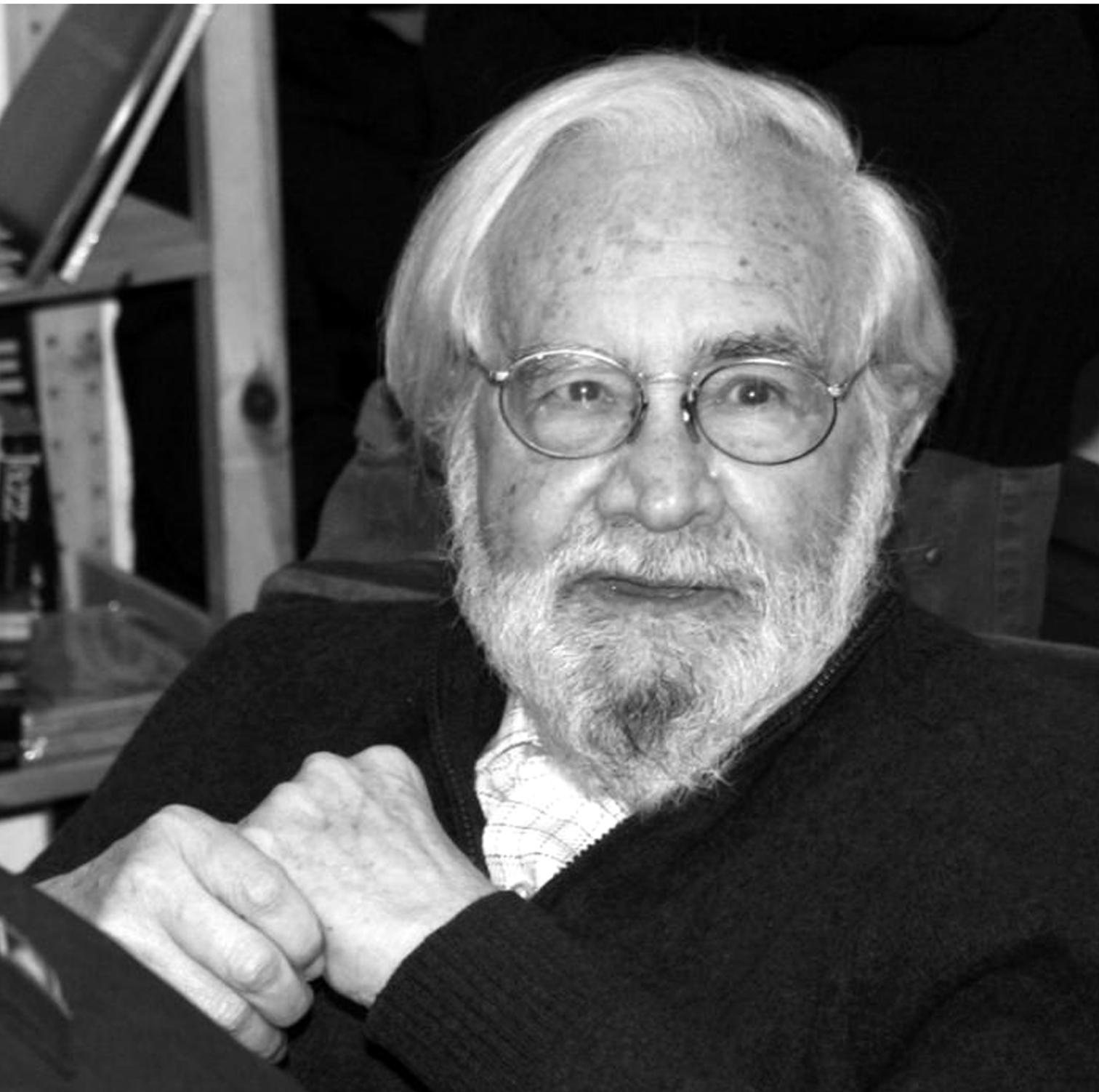
y el sentido como resultado total del acto, que es lo que leemos en la obra terminada. Pero cuidado: decir “obra terminada” no significa que el sentido se clausure o se petrifique: “Esos rasgos concretos [del poema] que constituyen efectivamente toda la peculiaridad del texto, toda su realidad, a la vez no serían rasgos de nada si no se nos presentaran como la manifestación de un algo por decir, que en el plano de los hechos no puede ser sino producto y consecuencia de esos rasgos, posterior a ellos o cuando mucho contemporáneo suyo, pero que en el plano de la significación aparece como su antecedente y propiamente su fundamento. Sólo ese doble movimiento invertido, esa enunciación que al realizarse en un presente pre-supone, o sea pone como su propio pasado, lo que en ella queda dicho, hace posible que la significación sea comunicación, tránsito entre dos intenciones de sentido contrario y convergente, acto doble de codificación y descodificación, que no son dos operaciones, sino ante todo dos movimientos” (“Artesanos...”, pp. 81-82).

El sentido, que se produce en el discurso, ya sea poético o no, es algo que buscamos si deseamos encontrar la inteligibilidad de la vida que nos toca vivir. Así se pregunta uno no sólo cuál es el sentido de una obra literaria o pictórica, sino también cuál es el sentido de muchos acontecimientos que presenciamos o sufrimos. Este cruce del sentido del texto y la obra literaria hacia el sentido de lo vivido requeriría más penetración en la obra ensayística de Tomás Segovia, que por ahora no puedo llevar a cabo. Se diría que, gravitando sobre los significados de la palabra *sentido* en español, Tomás encuentra el punto en donde la poesía —y la obra literaria en cualquiera de sus géneros— revela la vida, la encarna, y a partir de esa encarnación la relaciona con un compromiso de sentido en su análisis y su crítica, sobre todo, de muchos acontecimientos políticos contemporáneos, así como, en particular, de la ideología racionalizante (tomo aquí la idea de Jürgen Habermas) y naturalizante de la historia, caracterizada como posmodernismo o como neoliberalismo, que descarta la valoración humana y conduce a la pérdida de la moral y la clausura de la historia humana. Para Tomás, encontrar el sentido de un acontecimiento o de una concepción de la vida supone necesariamente una valoración; el sentido no queda clausurado



en la obra misma o en el acontecimiento. En su artículo “De la misma lengua a la lengua misma” (*Miradas...*, pp. 103-126), afirma: “Yo sigo pensando que el gran problema de este siglo, y sin duda del que viene, es la relación entre el mundo del conocimiento, con todo el poder y el dominio que da su aplicación, y el mundo del valor, de la moral, de lo deseable, que también puede llamarse el mundo del sentido” (p. 105). El paso de sus ensayos acerca del lenguaje a los del sentido en general, como se ve en sus libros *Recobrar el sentido* (Trotta, 2005) y *Digo yo* (FCE, 2011) no fue un salto caprichoso, sino la consecuencia plena de sus meditaciones acerca del lenguaje y lo que se dice con él. No abordaré este tema, pues ya me extendí demasiado, dadas las circunstancias de este homenaje.

Tampoco abordaré sus ensayos acerca de la lengua española, pues requeriría más tiempo de lo que es prudente tomar ahora. Tomás Segovia no será olvidado; todo lo contrario, y como se veía suceder en los últimos años de su vida, cada día será más vigente, no sólo por su poesía, sino también por su pensamiento. 



Provocar la investigación lingüística y educativa

Rebeca Barriga Villanueva (ed.), *Mitos y realidades del desarrollo lingüístico en la escuela. Una fotografía de los libros de español del enfoque comunicativo*, El Colegio de México, 2011; 254 pp. (Estudios de Lingüística, XIV).

La apreciación de una buena fotografía obliga a distinguir en ella varias características, desde el motivo de la imagen, la textura y sensaciones que evoca, hasta la profundidad y el contraste, la forma, el volumen, la fuerza o ausencia del color. En *Mitos y realidades del desarrollo lingüístico en la escuela. Una fotografía de los libros de español del enfoque comunicativo*, encontramos todos estos elementos que retratan con fidelidad un momento fundamental en la enseñanza del español en México.

El objetivo de este libro es retomar la temática de una mesa de discusión llevada a cabo años atrás en donde se mostraba, por un lado, los productos del análisis de los libros de texto gratuitos del 93 y su lazo con la escuela y todos los mecanismos que la conforman, y, por el otro, su relevancia en el desarrollo lingüístico.

Los efectos de esta mesa fueron muy significativos en el ámbito de la educación, puesto que mostraron, pese a lo promisorio del enfoque comunicativo, que las conclusiones del análisis de los libros de texto no eran alentadoras.

Años después, frente a los negativos resultados arrojados por las primeras evaluaciones del Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE) en el área de Español, que exponían que el objetivo del enfoque comunicativo no se estaba cumpliendo, “Hacer de la lengua una herramienta del pensamiento y del sentimiento que lleve al niño a manejarla desde sí mismo para lograr una comunicación pertinente, creativa y efectiva en el contexto social y cultural en el que se desenvuelve” (p. 10), Rebeca Barriga Villanueva, editora del libro, revitaliza el proyecto ahora con la idea de reunir en un libro las discusiones más importantes que se dieron en aquel entonces.

Es aquí donde *Mitos y realidades del desarrollo lingüístico en la escuela. Una fotografía de los libros de español del enfoque comunicativo* encuentra su razón de ser, reflejar una situación educativa del pasado que seguía presente en ese momento de la historia.

El libro tiene una estructura simple: se abre con un prólogo de la editora en el que explica el proceso de creación y concreción del proyecto, al tiempo que señala la importancia de concebir la enseñanza-aprendizaje de la lengua con una perspectiva multidisciplinaria dada su complejidad. Esta aparece de distintas formas en los seis capítulos nucleares del libro.

Se parte del análisis de algunas situaciones comunicativas (cap. 1) y de los ejercicios de los propios libros (cap. 2) para observar el comportamiento

discursivo motivado en estos espacios; luego las narraciones (cap. 3) y las habilidades argumentativas infantiles (cap. 4) abren nuevamente la discusión con un toque novedoso, dando paso a las reflexiones lingüísticas (cap. 5) y a la escritura (cap. 6). El libro se cierra con dos útiles índices: onomástico y temático.

Destaco a continuación los puntos más importantes de cada capítulo en una somera revisión que pretende dar cuenta tanto del enfoque teórico—constructivismo interaccionismo— que ha permeado cada una de las investigaciones, como de las metodologías seguidas por las autoras.

En “Clarificaciones discursivas y la co-construcción del conocimiento”, Rosa Graciela Montes resalta la importancia del lenguaje en la relación enseñanza-aprendizaje como base para la construcción del conocimiento y como herramienta fundamental para su desarrollo social. A partir de esto, Montes pone especial interés en el lenguaje mismo, y en cómo su manifestación discursiva promueve un todo dialógico, permitiendo la negociación de significados. Basada en la aplicación del *Principio de cooperación comunicativa* y en la de las *Máximas conversacionales de Grice*, Montes analiza el discurso en tres situaciones en etapas distintas de desarrollo: interacción madre-hijo en la primera infancia, clarificación en el salón de clase en la educación media y corrección de textos escritos también en educación media superior, pretendiendo, por un lado, discutir el papel que un actor competente mantiene en relación a uno menos competente y, por otro, caracterizar las estrategias utilizadas dentro de la interacción dialógica que permiten construir un puente entre actuación y competencia.

Por su parte, en el segundo capítulo titulado “Del diálogo a la argumentación: entre discursos y ejercicios en los libros del enfoque comunicativo”, Rebeca Barriga Villanueva construye su texto alrededor de las diferentes habilidades discursivas a las que el niño se enfrenta en el proceso de adquisición y desarrollo lingüístico, y describe el ámbito escolar como un poderoso motivador o inhibidor de este desarrollo, tomando en cuenta el tipo de actividades sugeridas en los libros de texto gratuitos del enfoque comunicativo. La autora destaca la esencia de este enfoque y sus objetivos, acentúa el papel fundamental que cada participante tiene en la interacción



escolar y aventura algunas conclusiones a la luz de su exhaustivo análisis. Diálogo y conversación, narración, descripción y argumentación ponen de manifiesto las habilidades necesarias para “que el niño organice su pensamiento y lo plasme en su lengua de muy distinta manera” (p. 76). Desde el uso de las formas de trato y cortesía, hasta la difícil tarea de persuasión, pasando por la capacidad de representar al mundo y de elaborar historias creativas, el infante posee diferentes recursos y estrategias que le permiten acercarse más a su realidad. Idealmente, el papel primordial de la escuela consistiría en proporcionar los espacios idóneos para que los niños pudieran desarrollar lo que ya de por sí poseen. Las conclusiones a las que llega Barriga Villanueva conducen a la idea de que los libros sí invitan al uso de las habilidades discursivas, que las ilustraciones sí se disfrutan y que los ejercicios sí motivan el uso de la lengua, sin embargo la interacción entre niño, libro y maestro no se logra con éxito.

La reflexión metalingüística dirige la investigación de Karina Hess Zimmermann en “¿Por qué es o no es narración?”, en donde destaca las principales características del entorno escolar, que propician,



mediante un contacto directo con el lenguaje, la enseñanza de la escritura y la convivencia social, un desarrollo lingüístico y metalingüístico más profundo. Dos títeres dirigen el relato de un guión y una narración y son evaluados individualmente por 24 niños, 12 de una escuela pública y 12 de una privada. Sus resultados nos dicen que la mayoría de los niños de las dos escuelas ubica la narración como “el texto más parecido a una historia” (p. 116), pero en cambio, las diferencias no se hacen esperar a la hora de argumentar sus juicios. Los niños de la escuela privada, que se identifica por su trabajo constante con la lengua, presentan una mejor reflexión, en cambio, los de la pública, con actividades tradicionales como copias y dictados, se concentran en expresar la enseñanza moral que se desprende del texto. Por lo tanto, la autora nos muestra que el tipo de escuela y la manera en que se propone el acercamiento al lenguaje inciden directamente sobre la capacidad reflexiva del niño.

En “La promoción de habilidades argumentativas en niños de primaria”, Margarita Peón y Silvia Rojas-Drummond hacen notar las deficiencias de los libros de texto gratuitos del enfoque comunica-

tivo en lo que se refiere a la argumentación; aunado a esto, la poca disposición de los maestros para promover un pensamiento crítico en el salón de clase justifica el trabajo de estas dos autoras. Basadas en la idea de *habla exploratoria* desde una perspectiva sociocultural, “orientada a lograr una comprensión compartida a través de la interacción social necesaria para encontrar soluciones colectivas a problemas individuales” (p. 141), tienen como primer objetivo comparar la capacidad argumentativa de niños de 5° y 6° de primaria en dos momentos diferentes: un análisis previo a cualquier instrucción, y otro posterior a la capacitación en el uso de estrategias de solución de problemas que promueve este tipo de habla; como segundo objetivo, buscan analizar si una buena argumentación propicia una mejor resolución de problemas grupales. Los resultados de su investigación fueron contundentes. El número de argumentos, las fases de transición en la claridad, los nexos, sustentos y las calificaciones antes y después de la prueba en cada una de las producciones, demuestran que una promoción de estrategias específicas en la escuela ayuda a adquirir mejores herramientas cognitivas. Finalmente, no puedo dejar de mencionar el listado de trabajos de investigación proporcionados por Peón y Rojas-Drummond en torno al tema, ni la minuciosa descripción de habilidades y características del proceso de argumentación.

María Luis Parra Velasco se interesa en detallar el desarrollo de la reflexión metalingüística en “Del mito sintáctico a la realidad significativa. Reflexiones sobre las oraciones negativas en niños en edades escolares” y ofrece nuevos hallazgos. Menciono cuatro de los aspectos más relevantes de este texto: en primer lugar, se nos presenta una minuciosa descripción de la incidencia del ambiente escolar en la reflexión lingüística que toma en cuenta la interacción de varios elementos desdoblados bajo el soporte de autores como Selman y Kohlberg, quienes proponen etapas o estadios de desarrollo social y cognitivo. En segundo lugar, encontramos el análisis de dos ejercicios incluidos en los libros de primer año, en donde la autora identifica, por un lado, que los recursos proporcionados a los niños para dirigir el acercamiento a las oraciones negativas son insuficientes, ya que no toman en cuenta las diferencias semánticas y sintácticas de los ejemplos, y por otro,



que las instrucciones, más que clarificar, confunden a los alumnos. En tercero, la observación participante de María Luisa Parra en un salón de primer año completa su trabajo y da pauta a sus hipótesis y conclusiones. Por último se presenta a los niños algunas oraciones y se pide que digan si son negativas o no y por qué. Al conjuntar estas cuatro formas de acercarse al tema de las oraciones negativas, Parra Velasco nos dice que la mayoría de los niños se identifica mejor con los significados sociales y dejan de lado reflexiones sintácticas tan relevantes en los libros de textos gratuitos del enfoque comunicativo.

“¿Aprenden los niños a escribir sólo con lo que la escuela primaria les enseña?” es el nombre del capítulo que dirige Esmeralda Matute en búsqueda de las destrezas que se espera que posea un niño al finalizar sus estudios básicos. ¿Qué es lo que verdaderamente se enseña? ¿Qué método se utiliza? ¿Cómo se enseña? ¿Para qué? La última respuesta apuntaría a un texto coherente, que refleje todo el proceso y adquisición de conocimientos adquiridos no sólo en la materia de español, sino también en otros ámbitos, en la propia vida, en la interacción. La enseñanza de siete subsistemas de escritura –que van desde el trazo gráfico hasta la coherencia textual– a lo largo de los años de la primaria reforzaría y concretaría ese

objetivo, pero la atención que se le da a cada uno de ellos es desigual e inconstante. Los estudios de Esmeralda Matute ayudan a caracterizar cada uno de estos subsistemas y darles importancia dentro de este intrincado proceso.

Subrayo el valor que *Mitos y realidades del desarrollo lingüístico en la escuela. Una fotografía de los libros de español del enfoque comunicativo* tiene en su conjunto: hay un sustento teórico sólido, una metodología claramente definida, preguntas de investigación resueltas con análisis concretos y riqueza de ejemplos.

Las palabras de María Luis Parra resumen el camino que ocho años después sigue recorriendo el enfoque comunicativo: “mientras la escuela siga concibiendo al niño desde la pasividad, se seguirán perpetuando las prácticas docentes que ignoran, corrigen o restringen las respuestas de los alumnos” (p. 206).

Mitos y realidades del desarrollo lingüístico en la escuela. Una fotografía de los libros de español del enfoque comunicativo deja entonces un complejo álbum de instantes en su mayoría desalentadores, pero que vistos desde otro ángulo se tornan provocadores y sugerentes para la investigación lingüística y educativa.

La Segunda Transición Demográfica entre nosotros

Julietta Quilodrán (coord.), *Parejas conyugales en transformación / Una visión al finalizar el siglo xx*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales, 2011, 668 pp., mapas, gráfs.

Desde siempre, el mundo y las sociedades se encuentran en un estado de cambio continuo. Toda transformación viene precedida de otra y es probable que cada una de éstas detone una más. Los matices, las tonalidades, se encuentran mayormente en la forma como se articulan los factores desencadenantes, la velocidad de los cambios y las condiciones estructurales en donde ocurren éstos. También, sus consecuencias son más o menos previsibles, siempre y cuando se preste adecuada atención a las condiciones antes mencionadas: génesis, rapidez y contexto. Con esto, es plausible suponer que la configuración actual del mundo y de sus sociedades no es más que la suma de los muy distintos y diversos procesos de transformación.

A nivel global y en el centro de la dinámica poblacional, uno de los más notables y palpables procesos de cambio es el que se conoce como Transición Demográfica. Esta noción vincula en el tiempo las dos más importantes experiencias vitales: el nacimiento

y la muerte. La Transición Demográfica se describe, básicamente, como un proceso de larga data entre dos regímenes, uno inicial caracterizado por altas tasas de mortalidad y fecundidad, y otro final donde las mismas tasas se reencuentran, pero esta vez en niveles bajos. Esto trae consigo que al principio y al final la tasa de crecimiento de la población sea reducida. Sin embargo, en el medio se advierten dos momentos: el primero caracterizado por un crecimiento demográfico acelerado y el segundo distinguido por una reducción progresiva del ritmo de crecimiento de la población.

La Transición Demográfica comenzó en Europa hace unos siglos y en América Latina hace apenas unas décadas. Entonces, los niveles de mortalidad comenzaron a descender y tiempo después los siguieron los de fecundidad. En la actualidad, todos los países desarrollados y algunos de los que buscan alcanzar ese estatus han conseguido tasas de crecimiento poblacional semejantes a las pretransicionales, debido, esta vez, a que las magnitudes de los fenómenos involucrados disminuyeron considerablemente. La duración de la transición es una de las diferencias fundamentales entre los dos tipos de países. En la región del norte el proceso de transición demográfica abarcó un par de siglos y en los países del sur menos de una centuria.

México, de linaje latinoamericano, comenzó a experimentar estos cambios en la década de los treinta con el descenso de la mortalidad y con la disminu-

¹Becario del Programa de becas posdoctorales en la Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Sociales, IIS-UNAM.



ción de la fecundidad en los sesenta. Actualmente la conjunción de ambos fenómenos produce una tasa de crecimiento poblacional por debajo del punto porcentual. Un cambio de semejante envergadura no podría producirse sin repercutir en otros espacios que atañen a la población. Además del impacto sobre el volumen de la población, este proceso de cambio demográfico ha dejado su impronta en la manera como se forman y organizan las familias.

Durante buena parte del siglo pasado el fenómeno de la nupcialidad en México gozó de cierta estabilidad. Las parejas se unían a edades tempranas y lo hacían primordialmente mediante el establecimiento de un vínculo conyugal civil o religioso; la unión libre y el celibato definitivo, aunque de menor magnitud, permanecieron relativamente constantes hasta la llegada de la década de los años noventa. La etapa actual ya no se define exclusivamente por la institucionalización máxima del matrimonio, por las descendencias de regular tamaño o por las disoluciones de las uniones como consecuencia de la muerte de alguno de los cónyuges. En la actualidad, arreglos conyugales nuevos y tradicionales se abren paso en los albores del siglo XXI. Los primeros han aumentado su visibilidad y diversidad, y

los segundos se mantienen como un referente para buena parte de la población. Así, tras poco más de medio siglo el fenómeno de nupcialidad en México y América Latina está en plena reconfiguración. La manera como las personas forman, modelan, organizan o disuelven su vínculo conyugal se está transformando.

Por tratarse de un fenómeno tan próximo a la vida cotidiana, todo mundo tiene una opinión en torno a la nupcialidad. Dicha postura está influida, si no es que definida, por lo que la sociedad, a través de sus instituciones –familia, Estado, iglesia– han establecido que debe ser. Por ello, deben celebrarse y destacarse los esfuerzos intelectuales que conjugan investigaciones objetivas que dan cuenta de los cambios que ha experimentado en épocas recientes la organización de la familia y la reproducción. Un esfuerzo que apunta en esa dirección es el libro *Parejas conyugales en transformación* publicado por el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales de El Colegio de México. En él se analizan de manera rigurosa varias de las aristas que componen el poliedro nupcial y reproductivo. Esta obra es coordinada por Julieta Quilodrán y es fruto del proyecto de investigación “Las parejas conyugales jóvenes, su formación y descendencia” que ella misma dirigió.

En *Parejas conyugales en transformación* convergen dos tipos de trabajos, por un lado los realizados por reconocidos académicos escritos en forma independiente o bien en coautoría con jóvenes investigadores, y por otro, los basados en las tesis de licenciatura y maestría de los becarios del proyecto antes mencionado. En total, el libro congrega en cinco secciones a doce autores que nos entregan quince capítulos de investigación. Además, la configuración del libro cuenta con un apartado introductorio y otro de conclusiones, en donde a la luz de los resultados más destacados se sugieren algunas líneas de investigación futuras y se emite un conjunto de consideraciones en materia de política pública.

En detalle, los primeros tres capítulos son de la autoría de la coordinadora del libro y dan forma a la sección “Rasgos principales de la formación familiar en América Latina y México”. En ellos Quilodrán sienta las bases de la discusión que se realiza en el resto del libro. El trabajo intelectual en este apartado cubre dos cuestiones igualmente

relevantes. En primer lugar se realiza una reflexión profunda sobre las transformaciones que ha experimentado la familia en un entorno demográfico tan cambiante como el actual, con énfasis particular en los aspectos de la nupcialidad que más se están modificando: soltería prolongada, (des) estabilidad conyugal, y desinstitucionalización de los vínculos conyugales (estos aspectos, cabe mencionar, se encuentran en el centro de la discusión de la llamada Segunda Transición Demográfica). La segunda cuestión tiene que ver con el análisis de la formación de uniones en México a finales del siglo xx, en particular resaltan los atisbos de cambio que es posible encontrar en los nuevos comportamientos conyugales.

“¿Solos o en parejas?” es el título de la segunda parte del libro. En este espacio, Alexandra Boyer y Julieta Quilodrán, Maribel Gómez y Michelle Morales profundizan en algunos de los nuevos comportamientos frente a la vida en pareja que surgen al finalizar la Transición Demográfica. Boyer y Quilodrán estudian el incremento de la población que se mantiene al margen de la vida conyugal: solteros, viudos, divorciados y separados. Entre los hallazgos se destaca que el volumen de la población que vive “en solitario”, como le llaman las autoras, es producto de los cambios en la estructura por edad de la población, la postergación de la entrada en unión y la mayor propensión a la disolución voluntaria de éstas. En el siguiente capítulo, Gómez analiza los cambios en la disolución de uniones conyugales de las mujeres mexicanas. Los resultados de este trabajo refuerzan la idea de que existe un incremento de la inestabilidad conyugal por causas voluntarias. En el cierre de esta parte del libro, Morales desde una perspectiva cualitativa examina las razones que esgrimen los jóvenes para retrasar el inicio de la vida conyugal y preferir un enlace consensual más que uno legal, o bien, un matrimonio a una unión libre. Aunque más que optar por uno u otro tipo de unión, los jóvenes, destaca la autora, consideran la unión libre como parte del proceso que una pareja debe cursar antes de casarse.

La tercera parte del libro se titula “Transición a la vida conyugal” y la constituyen dos trabajos de Julieta Quilodrán, el primero en coautoría con Viridiana Sosa, y uno más de Adriana Pérez. En el primero, Quilodrán y Sosa abordan un tema nunca antes estudiado en México: la homogamia conyugal. Entre



sus hallazgos de investigación se destaca cuán elevada es la endogamia residencial y la homogamia etaria y escolar en el país. El siguiente capítulo se refiere a las uniones libres en América Latina. A través de un comparativo entre México, Brasil y la República Dominicana, Quilodrán establece en qué medida los incrementos de este tipo de unión son consecuencia de un aumento de las uniones consensuales de tipo moderno, o bien, a un repunte de las del tipo tradicional (predominantes entre los sectores más desfavorecidos de la población). En el último capítulo de esta sección, Pérez analiza la disociación entre el inicio de la vida sexual y la unión conyugal en México. La autora resalta que la desarticulación entre estas experiencias vitales no es tan notoria en el tiempo como lo es entre los sexos: los hombres, más que las mujeres, exhiben intervalos temporales más amplios entre estos dos eventos.

El ritmo con el que las parejas forman su descendencia es la preocupación central de la cuarta parte del libro: “Las parejas y su descendencia”. Julieta Quilodrán en coautoría con Fátima Juárez (primer capítulo), con Viridiana Sosa (capítulos 2 y 3) y con Julieta Pérez y Elsa Pérez (cuarto capítulo) examinan algunos aspectos clave para entender el descenso de

la fecundidad en México. Primero, Quilodrán y Juárez exponen y analizan las voces de las mujeres pioneras de este cambio y destacan como causas principales del descenso de la fecundidad las relaciones solidarias de pareja que tenían estas mujeres y las exigencias educativas de los hijos. En segundo lugar, Quilodrán y Sosa exploran el vínculo entre el descenso de la fecundidad y la incidencia de experiencias abortivas entre las mujeres solteras o casadas. Encuentran, con algunos matices, que el uso de anticonceptivos, además de disminuir la fecundidad, también redujo los niveles de aborto. Estas mismas autoras en el siguiente capítulo realizan una comparación entre series de tasas de fecundidad masculina y femenina para algunos años de la década de los treinta y de los ochenta. Los resultados de este estudio apuntan a similitud en los niveles de fecundidad reportados por los hombres y por las mujeres, más cuando se trata de la época más reciente. Quilodrán, Pérez y Pérez proporcionan, en el cuarto capítulo, algunas estimaciones de los niveles de fecundidad para la zona centroamericana de México. Los niveles de natalidad de esta región son menos homogéneos de lo que esperaban las autoras, pues la fecundidad de Quintana Roo difiere en buena medida de la de Campeche, Tabasco y Yucatán, y aún más de la de Chiapas. El quinto y último capítulo se aboca al estudio de los determinantes próximos de la fecundidad en Haití mediante los modelos de Bongaarts y Stover. Elías Esquivel, responsable de este trabajo, encuentra que con ambas metodologías la actividad sexual es el aspecto más influyente para explicar los niveles de fecundidad en el país caribeño.

Los últimos dos capítulos del libro se alejan del análisis demográfico y de la perspectiva cualitativa con que se realizaron algunos de los trabajos antes referenciados, y dan cuenta de los aspectos legales asociados al ámbito de la familia. "Análisis comparativo de la legislación sobre familia en América Latina y México", quinto y último apartado del libro, entrega los trabajos de Jaqueline Vassallo y de Carmen Díaz. En el primero, Vassallo ofrece, con una mirada histórica y de género, un análisis comparado de las leyes que regulan el matrimonio y el divorcio en los países de América Latina. Díaz, por su parte, dedica su colaboración a la evolución de las uniones consensuales y su tratamiento legal en México; en ella, la autora resalta la brecha en materia de derechos que

existe entre las parejas casadas y aquellos que viven en concubinato.

De esta forma, todos los trabajos reunidos en *Parejas conyugales en transformación* destacan los cambios que comienzan a observarse en el terreno de la nupcialidad y de la fecundidad. Las consecuencias del cambio demográfico de hace apenas unas décadas se están manifestando rápidamente. Los cambios generacionales son prueba de las transformaciones que está experimentando la vida familiar. El modelo tradicional caracterizado por un vínculo conyugal formal y estable, en donde existe la coresidencia de los cónyuges, la práctica de la sexualidad y la formación de la descendencia que ocurren dentro del matrimonio, comienza a hacerse acompañar, cada vez con mayor notoriedad, por esquemas en donde la práctica de la sexualidad y el nacimiento de los hijos no son exclusivos del matrimonio, las proles son de menor tamaño, la formalidad del vínculo conyugal no es incumbencia de la Iglesia o el Estado, las uniones son inestables y sucesivas, y la soltería es frecuente. Sin embargo, esto no significa, y lo reconocen todos los autores, que estas transformaciones se estén dando con la misma intensidad y al mismo ritmo en todos los espacios del territorio y en todos los sectores de la población.

En suma, los trabajos reunidos en esta obra pueden ser vistos como puntos de luz que conducirán a sus lectores a sendos ventanales desde donde se puede continuar con el análisis de la manera en la que los hombres y mujeres construyen (o disuelven) su vida conyugal. La vida en pareja y en solitario, los tipos de unión, el tamaño de las descendencias, el calendario de la primera unión y las formas de disolución de las uniones, son aspectos cuya evolución a lo largo del pasado reciente se analizan en este libro. El lector, sin duda, quedará tocado por la posible existencia en la región latinoamericana, especialmente en México, de un sector poblacional con experiencias conyugales que bien podrían ser estudiadas desde el marco de la llamada Segunda Transición Demográfica, una invitación sugerente para todos aquellos interesados en el tema. Además, *Parejas conyugales en transformación* en su conjunto es prueba irrefutable de los muy diversos intereses y el grado de experticia sobre el tema de la nupcialidad que ostenta su coordinadora, la doctora Julieta Quilodrán. 

La escritura de la modernidad²

A treinta años de la publicación de *Todo lo sólido se desvanece en el aire, La experiencia de la modernidad*, Marshall Berman, México, Siglo XXI Editores, 1988, 386 pp.

La modernidad y el texto

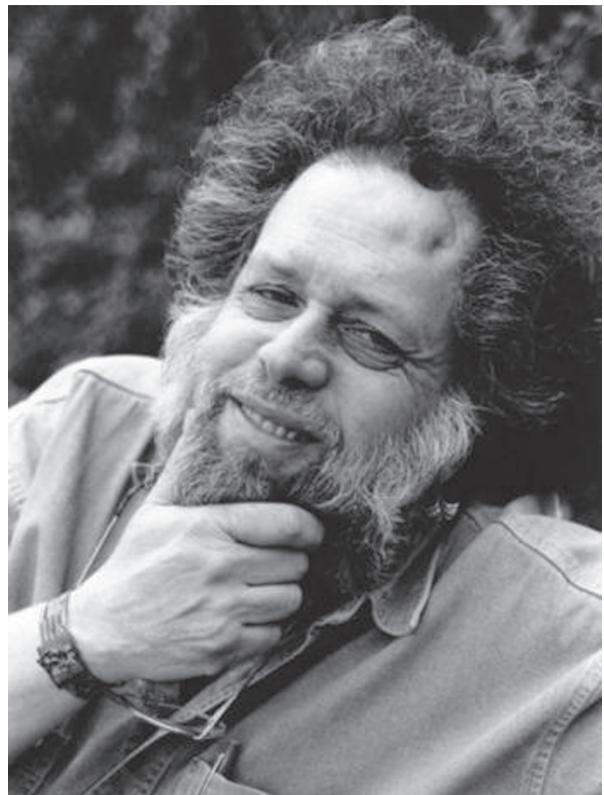
El libro de Marshall Berman contiene, como uno de sus elementos sustantivos, la relación entre modernidad y escritura. En esta relación, la construcción del texto surge como la práctica intelectual de la racionalización edificada por los individuos modernos que construyen su identidad a partir de la reflexión creativa de la escritura.

La condición de escritor vuelve al autor del texto impreso –hecho de tinta sobre el papel, pero también informático, hecho de luz sobre la pantalla– el productor de la identidad constitutiva del autor moderno, producida por la secularización de la escritura. (Por eso, “Todo escritor moderno es un estratega que observa la planicie del papel o la de la luz blanca en la pantalla”).³

¹ Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM.

² Agradezco a Blanca Beltrán y a Isaac Mendoza la lectura del original.

³ “En la modernidad, el texto se construye desde el yo y en la responsabilidad de ejercerlo de manera frontal y no agazapada detrás de una verdad absoluta”. Ricardo Pozas Horcasitas, “La libertad en el ensayo político de Octavio Paz”, en



Marshall Berman

La identidad del escritor, como persona que crea y reflexiona desde la modernidad, se funda en la con-

Revista Mexicana de Sociología, 1996, núm. 2, p. 7. Este texto apareció en la revista *Vuelta*, 1996, núm. 237, pp. 28-36, y fue incluido en la compilación conmemorativa a los diez años de la muerte de Octavio Paz organizada por Erico Mario Santí, *Luz espejante*, 2009, UNAM, Era, pp. 628-665.

ciencia del autor de estar en ella ejerciendo el trabajo de la escritura con la densidad que esta actividad posee: la de ser una práctica creadora de sentidos y de símbolos para edificar los referentes racionales que explican las acciones, que dicen las emociones y crean las ideas que envuelven las conductas individuales y colectivas.

La experiencia de la modernidad como práctica de la escritura implica la conciencia de la creación de lo nuevo, como acción racional constructora del “cambio y de la negación”.

Se dirá que siempre existió una estética de lo nuevo. Sí, es cierto, en el sentido de una estética de la sorpresa y lo inesperado, con la que se puede caracterizar el barroco, pero no en el sentido de una estética del cambio y de la negación. Lo excéntrico o lo extravagante, que la tradición conoció siempre en sus márgenes –la blasfemia, la sátira, la parodia que acompaña siempre a la alegoría tradicional– no es lo heterogéneo, que pretende ser verdaderamente diferente y no simplemente una trasgresión (Campagnon, 1990: 18).

La creación moderna de lo nuevo –lo nuevo siempre ha existido–, como diseño racional de la escritura, aparece como compromiso y búsqueda, claramente asumida y definida a partir del movimiento simbolista⁴ cuyos integrantes cambiaron el lenguaje literario para volverlo un recurso cognitivo, en sí mismo, de la diversidad en movimiento, característica sustantiva de los procesos de modernización y su escritura.

A partir de la ruptura simbolista, la escritura se desbordó y se volvió objeto de experimentación y producción de conocimiento. La conciencia de los escritores sobre las cualidades creativas del lenguaje, y sus posibilidades transformadoras en la producción de nuevos sentidos y ritmos poéticos, estará presente en la conciencia del estilo que cada autor busca y practica. Los reclamos de la creación fueron desdibujando las fronteras entre los géneros, entrelazándolos para poder responder a las exigencias del texto que se está escribiendo. Las respuestas múltiples que el escritor buscó para responder a las demandas del texto requirieron introducir el movimiento de la palabra y abrir la arquitectura del verso

⁴ Los cuatro simbolistas principales: Baudelaire, Rimbaud, Verlaine y Mallarmé.



dándole a éste la libertad de construir, a través de la diversidad de las formas, la complejidad de la experiencia que se buscaba decir. El poeta se liberó al transformar el verso en verso libre.

El autor moderno adquiere la conciencia del cambio frente al lenguaje, al ejercer la doble relación con la escritura: la interna, individual, privada y casi secreta y la externa, como miembro de un grupo, como integrante de una sociedad y como parte de una época y sus historias.

La relación que el creador entabla con la escritura se realiza en el vínculo emotivo y racional que establece con el lenguaje (o los lenguajes) para poder construir las ideas que temporalmente le dan claridad y experiencia de racionalidad, así como en la vivencia de aproximarse transitoriamente a la densidad de sus emociones: La escritura se ve, se analiza y se siente. Estas aproximaciones del escritor a sí mismo, a través de la acción de la escritura, nunca son completas y dejan un vacío, un hueco por reescribir que se encuentra en la grieta que atraviesa al hombre escindido, ruptura que siempre se ha dado, pero que la modernidad planteó como su condición individual e irresoluble. En la tradición, esta escisión se

busca superar con la fe religiosa. Se escribe en la búsqueda, por la necesidad de integrar, transitoriamente, las fracturas en las que se vive, para poder asir el presente y edificar con la escritura los sentidos que fundan la identidad de quien escribe.

El autor, como constructor de los lenguajes y símbolos de la modernidad, ejerce la práctica secular de la creación, que dio a los individuos el derecho a la palabra propia, condición de racionalidad que mantiene vigente la realidad y la representación de la reflexividad moderna a través de la escritura.

En el escritor, la necesidad de la escritura y la sensación de integración (sustrato de la magia y de la fe que el escribir provoca) es siempre parcial, producida por la decisión de completar, de “añadir”, de continuar un párrafo o una estrofa; de redondear un verso o completar una frase, esa parte escrita durante la jornada que se integrará a un todo imaginado, que se llamará poema, artículo o libro. Moverse entre las partes –mover las partes– es siempre distinto a la experiencia de finalizar un texto completo: esa decisión de finiquito regresa al autor al borde de sí mismo, de nuevo en el comienzo, de pie frente al enigma que está en él y al que necesita empezar a darle forma. En la creación, la anécdota de Monet es siempre válida, cuando su amigo Renoir le preguntó “¿el cuadro está terminado?”, “No”, le contestó, “está completo”.

El poeta y el ensayista siempre están en el dilema de estar escribiendo: se escribe también cuando no se escribe. En la creación, ni se concluye, ni la experiencia de integración que ésta produce es permanente y concluyente.

“Lo bello es siempre extraño” –afirma Baudelaire– y su extrañeza es también la imposibilidad de asirlo definitivamente, de abarcarlo con la mirada. Observar es recrear el asombro vital que produce el arte frente a la rutina que enajena el tiempo y lo hace igual y lo hace repetible. El mismo verso y el mismo cuadro nunca se observan del mismo modo. Frente al arte no hay rutina, hay asombro. Se es tan espectador del *Coup de dés* de Mallarmé, como de *Muerte sin fin* de Gorostiza, de *Black on Maroon*, el cuadro de Rodhko, o de *El hombre en llamas*, el mural de José Clemente Orozco.

La escritura contribuyó a hacer del individuo el dueño del tiempo biográfico, social y cósmico, y le dio la otra vivencia, la de creador, como experiencia



de retorno, como la vivencia del hombre que regresa a sí mismo, una vez recorrido el universo interno y externo, trayecto a través de la acción con la que intervino en su realidad y la modificó. La escritura es la acción racional reconstituida, a través de la reflexión creativa de la palabra que se vuelve la depositaria de la subjetividad emotiva, la objetividad creadora y la utopía trascendente que estimula en los escritores las fantasías de dominio.

El creador moderno es polivalente y despliega en su texto la diversidad de las escrituras surgidas en la modernidad, las distintas miradas del conocimiento producido y contenido en la amalgama de las fuentes que dan origen a la voz moderna, las palabras que fundan los estilos y las páginas en las que se funden las tradiciones culturales de los géneros, las diversidades contenidas en las tradiciones de la escritura moderna que desemboca en el cauce abierto por el trabajo del autor. El texto moderno, sin repetir, evoca en cada trazo la cauda de las obras que lo preceden, las leídas por el escritor y las visitadas por las obsesiones de su tiempo, esas voces con las cuales dialoga la libertad cercada de la creación. El autor se edifica como un escritor más sobre la tradición de la



escritura moderna, la cual contiene los textos que los procesos culturales de modernización van erigiendo como las obras clásicas de referencia obligada en un tiempo dado de la historia.

El texto moderno contiene entre sus páginas los enigmas de los escritos primigenios de sus clásicos: el *yo* que Montaigne acreditó como palabra legítima de la experiencia individual frente a las costumbres; la obsesión *positiva* de Descartes, amparada en la convicción de que la objetividad es resoluble; el mito del equilibrio primario, “de la ensoñación nostálgica” de Rousseau o la evocación por el *Paradise Lost*, de aquello que era nuestro y que un día el proceso social de cambio y modernización nos quitó, pérdida sobre la que se edifica el mito del retorno. No es paradójico que las propuestas de revolución, de los cambios radicales, de raíz, tengan como uno de sus núcleos simbólicos la necesidad restauradora que evoca los bienes perdidos.

La nostalgia por lo perdido se mezcla con la fascinación por lo que vendrá, la seducción por el cambio que produce en los individuos la posibilidad de lo nuevo. La expectativa de vivir lo diferente genera

sentimientos encontrados que forman “la experiencia vital, la experiencia del tiempo y el espacio, de uno mismo y de los demás, de las posibilidades y los peligros de la vida —que comparten hoy los hombres y mujeres de todo el mundo” (Berman, 1982:1). Este conjunto de experiencias, a los que Berman llama *modernidad*, son las constitutivas de sus textos y forman la vitalidad contradictoria que arma la trama de los personajes desplegados en las páginas recorridas por los periodos de la historia trabajados por el autor.

El mundo urbano

En las páginas del libro moderno aparecen, de manera reiterada, las paradojas textuales, la diversidad de argumentos encontrados y contenidos en las obras que Berman, como autor, cita, las transcripciones con las cuales nos muestra la inexistencia de una forma lineal en la escritura de la modernidad. Uno de los ejemplos de esta relación de sentidos contrariados lo leemos en la reflexión que Berman realiza sobre uno de los textos escritos por Le Cor-

busier, en donde el arquitecto y urbanista francés narra su experiencia vital y su reflexión intelectual sobre el tráfico vehicular, problema central de la vida urbana moderna producido por la masificación del consumo de automóviles y la posibilidad de la compra masiva de un objeto para el transporte que, a lo largo del siglo xx, dejó de ser exclusivo: la ampliación del mercado a que dio lugar la llamada “Tercera Revolución Industrial”.

La propiedad individual sobre cada auto permitiría a su dueño satisfacer la exigencia cultural de *ser moderno*, al aumentar la velocidad en su desplazamiento e incrementar la eficiencia, el manejo eficaz del tiempo laboral y privado, que es uno de los presupuestos simbólicos de la aceleración a que está ligada la ideología de la modernidad y sus contenidos de innovación y cambio recreados en los distintos periodos de modernización.

La velocidad en el desplazamiento haría de cada individuo un sujeto más productivo y satisfaría en cada quien las expectativas sociales creadas por el mundo moderno, en el que la innovación tecnológica “para la aceleración de las actividades” se incorpora en la vida cotidiana y recompone los términos de las relaciones sociales, creando la medida con que se evalúa a los individuos por su eficiencia, y según cumplen con los valores en que se funda el juicio y las expectativas de los otros sobre cada uno de los miembros de las comunidades. El conjunto de juicios en los que la imagen personal “de ser moderno” se sustenta tiene también que ver con la velocidad con la que los individuos actúan.

El uso de la tecnología, condición masiva del consumo, propia de la modernización industrial y sus ideales confirmados por la publicidad, posibilitó idealmente —desde la Revolución Fordista— que cada persona poseyera un coche, el consumo masivo de vehículos que revirtió la promesa de eficiencia y velocidad para desplazarse con total libertad de un lugar a otro, la acción propia del hombre moderno que creó el efecto contrario: el tráfico que anula el movimiento libre de los individuos de la ciudad moderna y hace de los ciudadanos, en uno de sus muchos sentidos, los prisioneros de la sociedad de masas.

El fenómeno del congestionamiento urbano, como imagen del mundo moderno, es evidente desde el primer cuarto del siglo xx y se va volviendo inevitable a lo largo del tiempo. En la segunda mitad



del siglo xx es claro que las necesidades para la circulación de los autos van desplazando las necesidades de los habitantes de los barrios en las grandes ciudades del mundo, y la vía rápida se va abriendo paso entre las calles.

Le Corbusier da uno de los primeros testimonios sobre tráfico vehicular, que será uno de los rasgos y problemas que definan la vida urbana del siglo xx:

Ese primero de octubre de 1924 asistí al titánico renacimiento [*renaissance*] de un fenómeno nuevo... el tráfico. ¡Coches, coches, rápidos, rápidos! Uno se siente embargado, lleno de entusiasmo, de alegría... la alegría del poder. El simple e ingenuo placer de estar en medio del poder, de la fuerza. Uno participa de él. Uno toma parte de esta sociedad que comienza a amanecer. Uno confía en esta nueva sociedad: encontrará una expresión magnífica de su poder. Uno cree en ello (Berman, 1982:167).

Frente al texto de Le Corbusier, Berman plantea la paradoja sobre la cual se edifica la escritura de los modernos, paradoja que se expresa en la confrontación de los sentidos que se anudan en sentimientos y



razones de quien vive el cambio acelerado: la voráGINE de la modernización. El autor de *Todo lo sólido se disuelve en el aire*, dice sobre el escrito de uno de los arquitectos de la modernidad:

este salto de fe orwelliano –afirma– es tan rápido y deslumbrante (como el tráfico, justamente) que Le Corbusier apenas si nota que lo ha dado. En un determinado momento es el familiar hombre de la calle baudelairiano, que esquivo el tráfico y lucha contra él; un momento más tarde su punto de vista ha variado radicalmente, de manera que ahora vive y se mueve y habla desde dentro del tráfico. En un determinado momento está hablando de sí mismo, de su propia vida y experiencia: Hace veinte años... la calle nos pertenecía; al momento siguiente la voz personal desaparece totalmente, disuelta en una avalancha de procesos históricos mundiales; el nuevo sujeto es el abstracto e impersonal *on*, “uno”, lleno de vida gracias al nuevo poder mundial. Ahora, en vez de estar amenazado por él, puede estar en medio de él, creer en él, formar parte de él. En vez de los *mouvements brusques* y *soubresauts* que Baudelaire viera como la esencia de la vida cotidiana moderna, el hombre moderno de Le Corbusier realizará un gran movimiento que hará in-

necesarios los demás movimientos, un gran salto que será el último. El hombre de la calle se incorporará al nuevo poder al convertirse en el hombre del coche (Berman, 1982:167).

La remembranza por la calle que nos pertenecía, y a la que pertenecemos, fue el primer territorio abierto en el que echamos a andar, el camino que forma la unidad esencial de la vida urbana y el ámbito en el que se inicia la identidad individual pública frente a los otros, lugar de la socialización, en donde empezamos a aprender las reglas de los juegos sociales y del conflicto en los que, a veces, estos derivan. La cuadra es el primer espacio de la socialización pública en donde se conoce por primera vez lo cambiante de la solidaridad, la confrontación y la traición, el territorio de los amigos y los adversarios. La calle es el perímetro esencial de la socialización y la referencia espacial sustantiva en donde se empieza a tomar consciencia del otro tiempo: el público.

Pero la calle es también el ámbito de la vida pública, cuya intensidad en las relaciones es inversamente proporcional a la riqueza privada; la fuerza socializadora de la interacción de los barrios pobres y medios es diferente de la de los distritos altos de la ciudad, lugares que son esencialmente individualistas y diferenciados, en los que se resguarda la privacidad practicando las formas sociales y las distancias públicas interpersonales dadas por la clase, las lejanías moduladas por los silencios y las palabras que acotan las conversaciones y formalizan los encuentros entre los habitantes de ese nivel social.

La calle frente a nuestra casa es testigo de nuestra primera salida, con todo lo que simboliza la salida en la tradición judeocristiana occidental como el mito primigenio de la construcción de la individualidad. Uno va por las páginas evocativas como los recuerdos del autor van por las calles.

Los escritos que componen el libro de Berman mantienen siempre la tensión entre los objetivos de la *modernización* y la manera en que éstos han dado sentido a la *modernidad* y a la “variedad de ideas y visiones que pretenden hacer de los hombres y mujeres los sujetos tanto como los objetos de la modernización, darles el poder de cambiar el mundo que está cambiándoles, abrirse paso a través de la voráGINE y hacerla suya”. A esta cultura Berman la caracteriza como modernismo (Berman, 1982:2).



A diferencia de los textos que elaboran la categoría de modernidad de manera unidireccional y con un sentido teleológico, textos productores de la ideología en los que se disuelve el movimiento de la historia y se ordenan los argumentos para elaborar la solución a los conflictos sociales e individuales producidos por la modernización, Berman construye el proceso histórico de cambio a partir de la diversidad de cambios que dan contenido a las acciones individuales y colectivas, a los movimientos sociales y culturales, en los cuales las ideas y las concepciones de los hombres y las mujeres no se alinean en un solo sentido, sino que forman parte de las transformaciones conscientes y contrapuestas del mundo en el que participan, dando origen a las paradojas del tiempo histórico, en donde lo que ideológicamente debería excluirse coexiste social e individualmente.

La articulación entre los procesos de modernización y la escritura se expresa a través de las paradojas que dan sentido a las relaciones entre los procesos sociales y políticos y la textualidad con las que ambos se construyen. Una parte importante de la especificidad de las modernizaciones en la historia son los

textos que crearon, los trabajos teóricos y técnicos que contienen la argumentación con la cual los escritores modernizadores demostraron la inevitabilidad del cambio. Todo proceso modernizador es impensable sin la literatura que produjo, porque todo cambio histórico importante provoca en sus ocupantes el debate de las ideas, la batalla simbólica por transformar el mundo y dirigir el sentido del cambio.

Uno de los contenidos centrales de la cultura de la modernidad está constituido por las obras escritas que forman el canon sobre los procesos de modernización en un periodo de la historia mundial. Estos textos son la expresión del cambio en sus múltiples contenidos literales y simbólicos, tanto de aquellos que en sus ideas y versiones desbrozan el camino de la innovación y le abren paso a las propuestas ideológicas que la justifican, como los trabajos que hacen el análisis crítico de los cambios producidos y ven en ellos los efectos perversos de la modernización; estos últimos demuestran el contenido destructivo, tanto de las formas de organización social y cultural, como de los sistemas ecológicos y la organización social



asentada en el ordenamiento urbano de las ciudades.

En los años sesenta surgieron nuevas formas de lenguaje “a la vez más personal y más político que el lenguaje de los años cincuenta con el que los hombres y las mujeres modernos pudieron enfrentarse a las nuevas estructuras físicas y sociales que habían crecido en torno de ellos. En este nuevo modernismo, los motores y los sistemas de construcción de la posguerra desempeñaron un papel simbólico central. Por ejemplo, en el poema *Howl* (*Aullido* 1957) de Allen Ginsberg”, poema que fue censurado por obscenidad y que se considera el texto precursor del movimiento Beat (Beat Generation).⁵

Aullido (Segunda parte)

¿Qué esfinge de cemento y aluminio abrió sus cráneos y devoró sus cerebros y su imaginación?

⁵ El núcleo de grupo Beat estaba formado por el mismo Allen Ginsberg, Gregory Corso, Jack Kerouac y William Burroughs.

¡Moloch! ¡Soledad! ¡Inmundicia! ¡Ceniceros y dólares inalcanzables! ¡Niños gritando bajo las escaleras! ¡Muchachos sollozando en ejércitos! ¡Ancianos llorando en los parques!

¡Moloch! ¡Moloch! ¡Pesadilla de Moloch! ¡Moloch el sin amor! ¡Moloch mental! ¡Moloch el pesado juez de los hombres!

¡Moloch la prisión incomprensible! ¡Moloch la desalmada cárcel de tibias cruzadas y congreso de tristezas! ¡Moloch cuyos edificios son juicio! ¡Moloch la vasta piedra de la guerra! ¡Moloch los pasmados gobiernos!

¡Moloch cuya mente es maquinaria pura! ¡Moloch cuya sangre es un torrente de dinero! ¡Moloch cuyos dedos son diez ejércitos! ¡Moloch cuyo pecho es un dínamo caníbal! ¡Moloch cuya oreja es una tumba humeante!

¡Moloch cuyos ojos son mil ventanas ciegas! ¡Moloch cuyos rascacielos se yerguen en las largas calles como inacabables Jehovás! ¡Moloch cuyas fábricas sueñan y croan en la niebla! ¡Moloch cuyas chimeneas y antenas coronan las ciudades!

¡Moloch cuyo amor es aceite y piedra sin fin! ¡Moloch cuya alma es electricidad y bancos! ¡Moloch cuya pobreza es el espectro del genio! ¡Moloch cuyo destino es una nube de hidrógeno asexuado! ¡Moloch cuyo nombre es la mente!

¡Moloch en quien me asiento solitario! ¡Moloch en quien sueño ángeles! ¡Demente en Moloch! ¡Chupavergas en Moloch! ¡Sin amor ni hombre en Moloch!

¡Moloch quien entró tempranamente en mi alma! ¡Moloch en quien soy una conciencia sin un cuerpo! ¡Moloch quien me ahuyentó de mi éxtasis natural! ¡Moloch a quien yo abandono! ¡Despierten en Moloch! ¡Luz chorreando del cielo!⁶

¡Moloch! ¡Moloch! ¡Departamentos robots! ¡Suburbios invisibles! ¡Tesorerías esqueléticas!

¡Capitales ciegas! ¡Industrias demoníacas! ¡Naciones espectrales! ¡Invencibles manicomios! ¡Vergas de granito! ¡Bombas monstruosas!

¡Rompieron sus espaldas levantando a Moloch hasta el cielo! ¡Pavimentos, árboles, radios, toneladas! ¡Levantando la ciudad al cielo que existe y está alrededor nuestro!

¡Visiones! ¡Presagios! ¡Alucinaciones! ¡Milagros! ¡Éxtasis! ¡Arrastrados por el río americano!

⁶ La transcripción de la segunda parte de *Aullido* hecha en el texto de Berman llega hasta este verso; transcribo la parte restante para la comprensión del significado del poema de Ginsberg en el conjunto de la escritura de la modernidad. (Allen Ginsberg, 1986). Sitio informático, Cyber Humanitatis N° 26 (otoño 2003) “Aullido”, poema de Allen Ginsberg. Traducción inédita de Rodrigo Olavarría. Fecha de consulta 4 febrero de 2011.



¡Sueños! ¡Adoraciones! ¡Iluminaciones! ¡Religiones!
 ¡Todo el cargamento de mierda sensible!
 ¡Progresos! ¡Sobre el río! ¡Giros y crucifixiones! ¡Arrastrados por la corriente! ¡Epifanías! ¡Desesperaciones! ¡Diez años de gritos animales y suicidios! ¡Mentes! ¡Nuevos amores! ¡Generación demente! ¡Abajo sobre las rocas del tiempo!

¡Auténtica risa santa en el río! ¡Ellos lo vieron todo! ¡Los ojos salvajes! ¡Los santos gritos! ¡Dijeron hasta luego! ¡Saltaron del techo! ¡Hacia la soledad! ¡Despidiéndose! ¡Llevando flores! ¡Hacia el río! ¡Por la calle!
 San Francisco, 1955-1956.

El libro de Marshall Berman se edifica con la materia prima provista por la diversidad de las emociones, los pensamientos y las vivencias del cambio prodigadas por la modernización, que el *yo* del autor recupera a través de la experiencia de la escritura. En la escritura que forma las páginas se funden la subjetividad de la vida, el recuerdo del espacio caminado por la calle, el barrio y las ciudades, junto con la experiencia estética y reflexiva de los poemas y ensayos leídos. Todas estas experiencias

vitales, enlazadas por los arrebatos de la historia, están contenidas en los cinco capítulos que integran el libro y fueron escritos desde la riqueza de los años setenta,⁷ periodo de la historia en el que “se regresa a la casa con todo vivido” a recapitular sobre la protesta y la utopía recorridas por las calles de la ciudad, la urbe modernizada por las vías rápidas para los vehículos y las marchas y manifestaciones en los parques, ambas modalidades del anonimato de la sociedad de masas. La multitud evidente en los sesenta, masa que fue gentío en el metro y griterío en la plaza.

El retorno al mundo privado, a la mirada sobre el papel puesto en la máquina de escribir de los años setenta, el tiempo desde el cual se ve, a la distancia, lo transcurrido durante el siglo, lapso que va del Barón Haussmann a Robert Moses, de Charles Baudelaire a Allen Ginsberg, de París a Nueva York, todos ellos afluentes que alimentan la vorágine de la vida

⁷ Algunos de los textos que forman el libro fueron escritos entre 1974 y 1981.

moderna. La pluma va rastreando el cambio, desde los recuerdos de la infancia en el Bronx, la experiencia de la transformación de la ciudad de Nueva York y el conocimiento histórico de París o la antigua Leningrado. El texto va siguiendo las huellas de las modernizaciones que llenaron de cambios los siglos XIX y XX. La seducción del libro está en las múltiples miradas que contiene, miradas que nos miran cuando las miramos.

El autor y el libro

El escritor moderno es el creador de un texto edificado en el mundo privado que se vuelve un objeto de mercado: el libro. Esta metamorfosis de una actividad privada en objeto de mercado –en el mundo industrial la mayoría de los productos de mercado son elaborados en los procesos sociales de producción, que en el caso del libro se dan en su edición, impresión y reproducción, no en su creación que es individual y única por ejemplar– transforma al escritor en el sujeto social al que la modernidad le da nombre de autor, real o virtual, nombre del escritor privado que se volvió sujeto público vinculado al título de un libro que circula en la esfera del mercado, constituido como el espacio social del intercambio, el ámbito socioeconómico en donde se establece la relación mediada por la publicidad entre los objetos y los hombres, entre las mercancías y los consumidores en la sociedad de los individuos modernos.

El mercado es el espacio social de las relaciones y la comunicación entre sujetos individuales y colectivos para el intercambio de los objetos, es el ámbito prioritariamente económico –el mercado no es sólo economía, ni puede ser reducido a ella– en el que los hombres y las mujeres compran la palabra impresa o virtual: adquieren el libro en sus múltiples formatos.

El libro, como objeto comprado por un individuo, se consume en el mercado y se consume en sus múltiples lecturas, entablando en cada una de ellas una relación creativa detonada en el acto individual y privado de la lectura, a través del cual se entabla una relación dialogal, primero entre dos sujetos particulares: el escritor y el lector y después –no necesariamente es secuencial, puede ser simultánea– entre los múltiples sujetos que conocen o escuchan sobre el texto, ya que toda lectura de un libro es potencialmente una forma de socialización y de diálogo co-



lectivo, lo que hace del libro un texto que no sólo es compartido por los que lo leen: hay libros que nunca fueron leídos por los grupos políticos ni por el público que convocaban sus páginas, o por aquellos que los citaron como principio de autoridad para dar solidez y autoridad a sus argumentos ideológicos y políticos.

En las historias intelectuales, hay libros que son referentes icónicos de las verdades específicas vigentes en un tiempo dado y en un campo particular del conocimiento o de las creencias, verdades guardadas “en el texto”, que cuando se profieren entre los miembros de una comunidad se hacen citando el libro que contiene la palabra vuelta principio a partir del cual se argumenta. Esta condición vuelve al libro objeto simbólico cargado de significados que forma parte del referente obligado de la memoria colectiva, y da identidad a una tradición cultural y religiosa o a una ideología política o económica.

En los textos están formulados los paradigmas de una disciplina que se vuelven principios de comunicación entre los miembros de las comunidades de

conocimiento, construcciones epistémicas y teóricas a través de las cuales se mantienen los saberes establecidos y aceptados, postulados de conocimientos que se aceptan o se debaten, pero sobre todo se confrontan con el cambio social y las nuevas tecnologías que transforman el horizonte cognitivo, en la confrontación entre los miembros de las comunidades de conocimiento a partir de las cuales se inician los procesos de formulación de lo nuevo. El libro o el artículo son los referentes culturales que contienen los puntos fijos en la secuencia histórica del cambio social.

La situación social de mercado, en la que entra el libro, no elimina sus potencialidades anímicas: la emoción reflexiva que detona la lectura y da forma a la relación íntima de la mirada del lector, relación que empieza en la constante relectura que el escritor hace de su propio texto y que puede compartir de manera directa con ese otro, íntimo y confiable, con quien se participa del proceso de la escritura. El texto terminado —abandonado según Paul Valéry— se echa a andar y continúa su recorrido a través de las miradas de los lectores que el escritor no ve y que adquieren el libro en las calles de la ciudad, ese infinito territorio cultural de la modernidad. Pero la mirada que entra en el libro está también a muchos años de distancia y en un lugar que no existía o desapareció después de que éste fuera escrito: la lectura puede continuar por alguien que está a kilómetros de lejanía y siglos después. Uno compra en un libro el presente, pero también el pasado, y puede ver en él ayer que se volvió siempre.

Todo libro contiene otros libros, todo texto lleva a cuestras otros textos. En la modernidad, la tradición intelectual se cita, “ya no nos quedan más que citas. La lengua es un sistema de citas”, afirma Jorge Luis Borges⁸ (Borges, 1975:129). A través de la cita se hace la referencia a la tradición intelectual y se construye la intertextualidad que amalgama lo escrito con lo que se está escribiendo, la tensión permanente en el texto moderno entre el pasado y el presente, la combinación de escrituras que le da contenido al sustrato intelectual y científico que cimienta la escri-

⁸ En el diálogo que da forma al cuento “La utopía del hombre que está cansado” se afirma: “Dueño el hombre de su vida, lo es también de su muerte

—¿Se trata de una cita? —le pregunté.

—Seguramente. Ya no nos quedan más citas. La lengua es un sistema de citas.”



tura moderna, y sostiene el texto frente al embate de la moda y el lugar común, eso que edifica el lenguaje de lo efímero y que ronda por la historia, haciendo ruido en torno a las novedades que aparecen desde el discurso político como necesarias e ineludibles.

El conjunto de textos que desarrollan el análisis crítico del discurso de la modernización como propuesta del cambio social y económico, necesarios e impostergables, abre el espectro de opciones analíticas y muestra, en muchos casos, lo perverso de las causalidades lineales construidas por la ideología de la innovación, las cuales derivan en lo “necesario” de las decisiones políticas y administrativas que sustentan las acciones transformadoras de los gobiernos. Estos textos críticos deconstruyen el cambio como valor en sí, como propuesta de la innovación edificada desde el poder con la lógica reduccionista que ha presentado los procesos de modernización como imprescindibles, y que han tenido como resultado la desagregación de las formas de solidaridad asentadas en los espacios comunitarios de las ciudades, así como la destrucción de sus entornos naturales.



La acreditación del cambio sustentado por la ideología de la modernización tuvo como objetivo acelerar la producción, ampliar el mercado e incrementar el consumo como concepción de calidad de vida. La modernización se sustentó en la concepción heredada de progreso como dominio sobre la naturaleza. La crítica de la modernización depredadora de la naturaleza aparece en el espacio público a finales de la década de los cincuenta.

Los trabajos críticos de las modernizaciones se elevan sobre las espaldas de otras obras, textos clásicos, muchos de los cuales fueron edificados en periodos históricos de intensa transformación. Estas obras son, en la secuencia de la historia, los testigos de la palabra libre frente a la destrucción social, ideológicamente justificada.

El texto, la tradición y el ensayo

Entre el conjunto de propiedades que distinguen el texto moderno está el reconocimiento abierto y directo a la tradición frente a la cual debate. La escritura moderna disputa a la textualidad establecida la

centralidad de las temáticas. La escritura moderna frente a la tradición reacomoda el conjunto de los saberes con los que se nombraban las relaciones individuales y colectivas del *statu quo*, la combinación de categorías nuevas que contienen el significado de los cambios sociales y culturales. Escribir es también reescribir, para el presente, todo aquello que fue escrito para el ayer. Se escribe diferente porque se dice lo diferente.

La textualidad de lo establecido se teje con el lugar común, con las expresiones coloquiales que resguardan los prejuicios acreditados por las tradiciones de los grupos sociales y que reproducen el orden cultural establecido y socialmente aceptado. El orden cultural que da forma a las representaciones sociales sobre las identidades colectivas y las concepciones sobre los otros.

La lectura desde la mirada moderna inicia el trayecto que busca el cambio y la crítica por el camino de lo ya escrito. Los modernos reescriben porque escriben, y los textos que los preceden están condensados en los contenidos de cada párrafo retomado y citado por el escritor. Cuando leemos

a Montaigne leemos en él a Seneca, a Plutarco, a Homero o a Cicerón, y volvemos a las anécdotas reutilizadas por el creador del ensayo para explicar las costumbres de su tiempo y las prácticas y los usos del poder político a las cuales les da una raíz histórica. Con la lectura de Montaigne recuperamos la manera en que los escritos y las anécdotas del mundo grecolatino son reescritas en el siglo XVI para dar contenido a la secularización del mundo y de la autoridad; volvemos, a través de las citas que llenan de referencias los *Essais*, a uno de los orígenes de la escritura de la modernidad y a los efectos que el ensayo, como género literario, tuvo en la liberalización de la escritura.

Cuando entramos en los Ensayos de Montaigne ingresamos en el principio de una nueva escritura, bajamos a la raíz misma de la modernidad en la que se creó la forma escrita que dio la voz al sujeto: al individuo que buscaba la palabra entre los ruidos del cambio, en medio del griterío producido por las eternas batallas entre los absolutos –perversión de la modernidad– que durante la segunda mitad del siglo XVI se expresó como las guerras de religión en Francia, la confrontación social y política que le tocó vivir al autor y en medio de la cual rescató la dignidad racional de la persona.

Volvemos a Montaigne para seguir en el ensayo, que es uno de los géneros literarios que identifican a la modernidad. Entramos en un género de construcción textual que permitió al individuo, como sujeto pleno, ejercer con la escritura todos los tonos del yo, decir de manera legítima, desde la primera persona del singular, lo aprendido desde la experiencia, a hablar sin custodios, sin censores que obligaban a repetir, a través de la voz individual, lo institucionalmente aceptado, y a enfrentar las convenciones con la crítica individual, que es la cimiento de la reflexividad moderna. El ensayo devolvió la palabra a cada quien para que la ejerciera y construyera su identidad frente a la sociedad y sus instituciones establecidas.

En los ensayos, la primera persona del singular contiene la variedad de las experiencias que significan vivir en la vorágine de la modernización, del aferrarse a la mínima certeza, la que cuida de la duda razonada en el centro de lo vano, de la velocidad de las sensaciones, en la irreflexiva que acompaña el consumo de los días que se convirtieron en la jornada sometida al horario.



La escritura y la lectura, prácticas modernas de la libertad individual, se realizan como actividades creativas entre sujetos que se encuentran mediados por relaciones sociales de carácter institucional: la escuela, la familia y la iglesia; estas actividades están contenidas en la relación que las personas tienen con el libro y se inician en la esfera del mercado. La escritura y la lectura son, en la modernidad, prácticas socialmente adquiridas y se ejercen como derecho individual.

El autor y el lector, como sujetos diversos, están contruidos por la escritura y entablan entre ellos una relación dialógica y reflexiva, que es la condición de posibilidad para el ejercicio de la crítica, la posición cognitiva que da fundamento a la conciencia moderna.

El sentimiento de identidad producido por la experiencia intelectual de la lectura de los clásicos de la modernidad crea en el individuo un efecto de pertenencia a esta, frente a la diversidad cotidiana que desplaza y escinde al sujeto. Su lectura de los modernos es ante todo una experiencia estética que produce la emoción de totalidad contradictoria contenida en los textos y detonada por la mirada.



El libro de Berman condensa –en el sentido freudiano del término– los sentimientos creados por la experiencia de vivir en la modernidad, y contiene las emociones desplegadas en la vida diaria de los individuos, frente a las transformaciones producidas por los distintos procesos de modernización en las distintas épocas históricas que aborda.

En el texto de Berman, la escritura construye la reflexión que explica y abre el pensamiento del lector a la idea de movimiento, a la comprensión de proceso histórico de cambio a través de las ideas y los sentimientos contradictorios producidos por la inasible vorágine modernizadora, el torrente de transformaciones que dan sentido al tiempo vivido por los individuos en la modernidad trastocada permanentemente por la aceleración de las transformaciones tecnológicas y culturales. El lector entra en la escritura que le produce el sentimiento, la emoción de vivir el cambio, de incorporarse a la corriente –en Occidente, la primera metáfora sistemática del cambio, de la dialéctica, fue el río–, de entrar en el cauce que lo lleva hasta el último capítulo del libro, hasta el vértice mismo de una época: la de los años setenta del siglo XX, década en la que culminan las repre-

sentaciones sociales e individuales que han creado, en el imaginario colectivo, la idea de una época histórica cuyos límites empiezan en 1949 y terminan en 1973.

El libro y su tiempo

El libro de Marshall Berman, construido a partir de la reescritura de textos particulares e independientes que originalmente constituyeron artículos, fue editado en inglés en 1982 (Simon and Schuster, Nueva York) como un texto único y diferenciado en capítulos que preservan su independencia original, cuando son engarzados por las temáticas a las que da origen el proceso de modernización y sus distintas escrituras. En ese año de 1982 culmina el periodo de la modernización mundial iniciado en 1953 con el fin de la Guerra de Corea, el lapso que abarca la Guerra Fría y la consolidación y crisis de Estado de Bienestar.

En 1982, la crisis económica mexicana tuvo un efecto multiplicador en el mundo y mostró el agotamiento del modelo económico que había dado lugar a las llamadas tres décadas de oro del siglo XX: de 1940 a 1970. A través de la estrategia de *estabili-*

zación⁹ y ajuste estructural,¹⁰ diseñadas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, se hizo frente a la crisis económica, se impusieron los valores de mercado y apertura que regularon, a partir de los años ochenta, los alcances de las políticas económicas y públicas de manera simultánea en 67 países en África, América Latina y Asia (Pozas, 2006: 107-114). Fueron acciones que consolidaron la globalización en el mundo.

También en 1982 culminó el proceso de desplazamiento de la centralidad del Estado benefactor en las economías nacionales de la periferia del mundo, año en que fueron abiertas a la globalización y a la centralidad del mercado las sociedades nacionales del entonces llamado Tercer Mundo. El modelo de desarrollo que tuvo como eje al Estado benefactor agotó las posibilidades de mantenerse como el agente transformador de la sociedad y de construir, a través de su intervención y regulación, el equilibrio inestable que regulaba el conflicto entre las clases y las categorías sociales.

En la década en la que se publicó el libro de Berman en español, culminó el fin de los bloques: en 1989 caía el muro de Berlín y en 1991 se disolvía la URSS, la economía y la sociedad de mercado le ganaban la batalla a la simulación de la otra centralidad económica: la de la economía planificada del Segundo Mundo, la sociedad de mercado desvertebraba el totalitarismo de Estado que disciplinaba “La vida de los otros” (filme del director Florian Henckel von Don, de febrero de 2007) con el terror cotidiano sobre los individuos y la sociedad.

En el año en que aparece el libro, todo lo sólido del mundo construido en la posguerra, con el Estado en el centro de las sociedades y la cultura nacional como el punto fijo y el referente cotidiano de los individuos y los ciudadanos en el mundo, ese año,

⁹ El objetivo de las políticas de estabilización era disminuir el déficit fiscal y comercial y tenían como objetivos intrínsecos de corto plazo: reducir la inflación, abatir el déficit fiscal y equilibrar la balanza de pagos. En principio estas políticas fueron diseñadas en el Fondo Monetario Internacional.

¹⁰ Las políticas de ajuste estructural tenían un horizonte de más largo plazo, y procuraban restaurar el crecimiento económico, perfeccionar la distribución de los recursos e incrementar su eficiencia. El Banco Mundial proveería los fondos a través de préstamos para realizar este programa económico.



toda la solidez del crecimiento y el bienestar ofrecido por la literatura económica y sociológica sobre las “sociedades postindustriales” se desvanecía en el aire, se agotaba como horizonte y se empañaba como futuro.

El libro aparece en español al final de la década de los ochenta (febrero de 1989) editado por Siglo XXI, la editorial que fue el espacio de las voces críticas de América Latina, “nuestra América [,] —como afirmó Arnaldo Orfila Reynal en 1980¹¹—, territorio con zonas oscuras en donde la palabra cultura se entiende como sinónimo de rebeldía o agresión, en donde el libro es instrumento que pueda acercar a la cárcel o a la muerte” (Soler, 1993:12). En ese año de 1989 el pasado inmediato iniciaba su cambio y la libertad —devorada por el terror de las burocracias militares, el que administraban los aparatos de seguridad del Estado en los regímenes dictatoriales de América Latina— parecía recobrar espacios de expresión. El 5 de octubre de 1988 la sociedad chilena en el Plebiscito Nacional dijo “no” a la más emblemática de

¹¹ El 10 de marzo de 1980, a Arnaldo Orfila Reynal le fue otorgada la condecoración del Águila Azteca, máximo reconocimiento que un extranjero puede recibir del gobierno mexicano. El editor argentino residente en México fue director del Fondo de Cultura Económica y de la editorial Siglo XXI.

las dictaduras sudamericanas, la encabezada por Augusto Pinochet.

El tiempo se abría y mi generación tuvo la experiencia intelectual y creativa de lo nuevo, ese cúmulo de experiencias vitales que fueron acompañadas por el libro de Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, texto que nos mostraba las experiencias de la modernidad, vividas por las generaciones y los individuos en las diferentes épocas que llenaron de certezas y dudas los siglos XIX y XX y que a principios de los años ochenta nos tocaba vivir. El libro nos dio perspectiva y nos abrió la puerta a la reflexión que rompe el sentido determinista y repetitivo de la historia, vicio de la ideología política que reduce los procesos sociales a una secuencia de causalidades inevitables.

El libro emerge en medio de las dudas producidas por la experiencia de estar viviendo en el fin, de ver el límite del pasado que prometió futuro, de saber que aquello que partió de las revoluciones sociales de Europa en 1848, año en que aparece *El Manifiesto del Partido Comunista* con toda la carga positivista del marxismo, como la escritura racional de la utopía que muestra la nueva libertad edificada por la revolución, la nueva libertad que haría del hombre un ser total e integrado frente al hombre escindido de la modernidad, la persona humana desmembrada y enajenada por la turbulencia de la modernización industrial de los siglos XIX y XX.

En ese año de 1989, la realidad nos reabría la mirada para la lectura de un libro que nos hacía partícipes de la diversidad y nos mostraba que la incertidumbre que vivíamos era una más de las vorágines producidas por el cambio que a principio de los años noventa, mostraba la consolidación de la sociedad global de mercado, la que aparecía en el horizonte de la historia, una vez más, como la modernización inevitable.

Bibliografía

- Berman, Marshall, *Todo lo sólido se desvanece en el aire, La experiencia de la modernidad*, México, Siglo XXI Editores, 1988, 386 pp.
- Borges, Jorge Luis, "Utopía del hombre que está cansado", en *El libro de arena*, Buenos Aires, Emecé, 1975, 184 pp.
- Campagnon, Antoine, *Las cinco paradojas de la modernidad*, Caracas, Monte Ávila Editores, 140 pp.



- Gili Gaya, Samuel, *Estudios sobre el ritmo*, Madrid, Istmo, 1993, 223 pp.
- Ginsberg, Allen, *Howl*, Nueva York, Harper, 1986, 1 994 pp. (Modern Classics, 50th Anniv. Ed.).
- Montaigne, Michel de, *Essais*, en *Oeuvres complètes*, París, Bibliothèque de la Pléiade, Edition Gallimard, 1 792 pp.
- Pozas Horcasitas, Ricardo, *Los nudos del tiempo, La modernidad desbordada*, México, Siglo XXI Editores, 2006, 136 pp.
- ,"La libertad en el ensayo político de Octavio Paz", en *Revista Mexicana de Sociología*, 1996, núm. 2, p. 7. Este texto apareció en la revista *Vuelta*, 1996, núm. 237, pp. 28-36 y fue incluido en la compilación conmemorativa a los diez años de la muerte de Octavio Paz organizada por Erico Mario Santí, *Luz espejante*, 2009, UNAM, Era, pp. 628-665.
- Sitio informático. Cyber Humanitatis, N° 26 (otoño 2003) "Aullido", poema de Allen Ginsberg, trad. inédita de Rodrigo Olavarría, fecha de consulta 4-II-2011.
- Soler, Martí (coord.), *Arnaldo Orfila Reynal, La pasión por los libros*, edición homenaje, Guadalajara (Jalisco), Universidad de Guadalajara, 1993, 100 pp. 

VOICES *of Mexico*



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico*, editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

Suscripción anual

\$140.00 M.N Tres números/un año

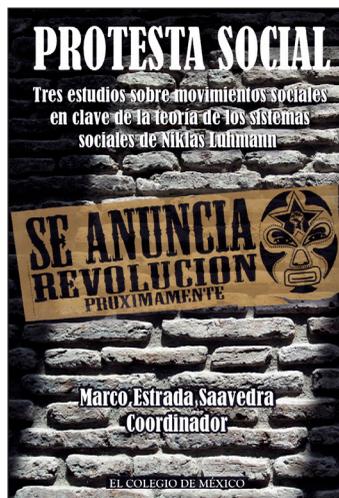
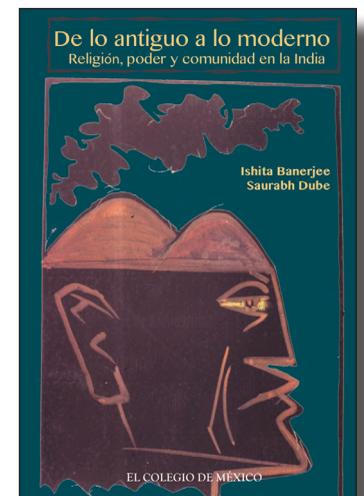
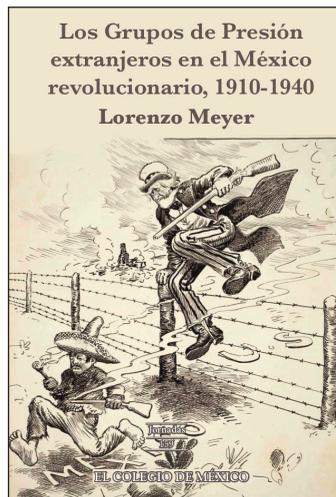
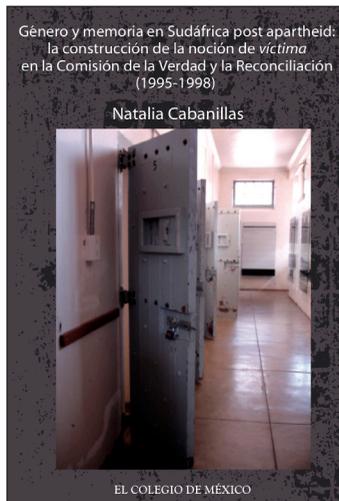
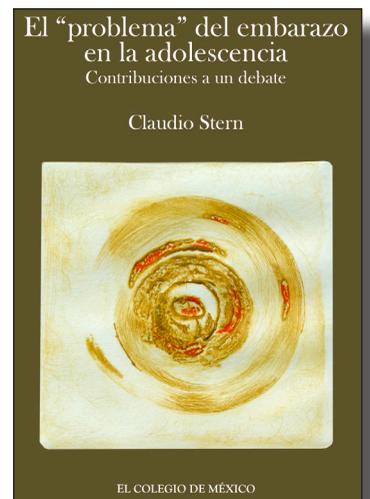
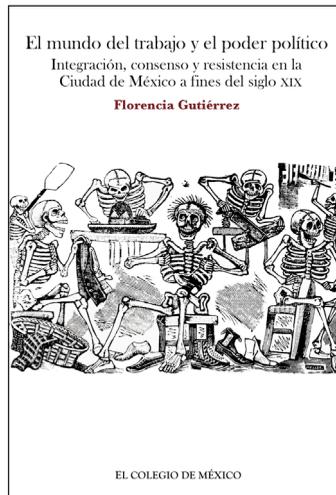
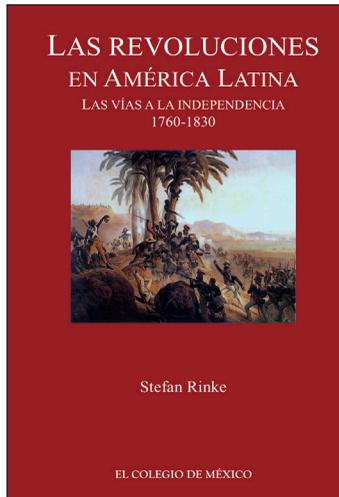
Informes y suscripciones:

Torre II de Humanidades, piso 9
Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

Tel. 5623 0246, exts. 42301 y 42299

voicesmx@servidor.unam.mx

NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 Tel. 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3000, ext. 3157 o Correo electrónico:
 publicolmex@colmex.mx